



Walter Luis Katz

Otros Cuentos

: [Comentario [LT1

Experimento secreto

Ningún monje supo que dentro del monasterio se realizaban ensayos pues en el laboratorio se guardaba la mayor discreción. Aunque generalmente, para las primeras pruebas se suele utilizar animales pequeños, del tipo que no despiertan sentimientos en los investigadores, como ratones o animalitos silvestres menores; en este caso, los experimentados eran personas. El carácter secreto del proyecto eliminaba cualquier contacto con el mundo exterior, y la palabra dada por el superior de ese instituto religioso, era una garantía, aunque no se habían firmado contratos u obligaciones por ambas partes.

El equipo constaba de un bioquímico, un biólogo, un médico especialista en enfermedades infecciosas y un enólogo especialista en sabores. Todo comenzó en una reunión de amigos, donde el vino corrió con bondadosa canilla abierta, oportunidad para conversar con libertad sobre sueños y proyectos. Después de varios días de resaca, los científicos se reunieron nuevamente, esta vez sin ser agasajados con una buena bebida alcohólica, sino con unas simples gaseosas. Ciertamente, era legítimo agradecer al licor por la influencia que tuvo en las deliberaciones que contribuyeron a la creación del proyecto más osado de los últimos cincuenta años.

Se proponían formar un equipo científico que investigara, descubriera y encerrara un nuevo aroma, que con el tiempo, luego de experimentarlo en todos los campos, fuera utilizado en la medicina, farmacopea, alimentación, y productos de limpieza y cosmética. Era sabido que la tarea sería larga y penosa, y algunos de los integrantes no alcanzarían a conocer los resultados, pues se calculaba que los primeros éxitos llegarían después de treinta o cuarenta años. Esta monumental iniciativa debía tener el apoyo moral y financiero de la Organización Mundial de la Salud (OMS). El carácter de la empresa era SECRETO y sin intenciones de lucro. No se podría poner a la organización en el conocimiento público, y desde el momento de la obtención de las primeras pruebas positivas, deberían transcurrir diez años para darse a conocer entre la elite internacional de científicos. Esto evitaría que empresas privadas aprovecharan sin costo alguno los logros del trabajo.

Dentro del mayor secreto, la OMS creó y otorgó un presupuesto al nuevo ente: CLONESCO. Para desprenderse de responsabilidades, se publicó una breve información sin mayores detalles. De todas maneras, algunas revistas científicas lo mencionaron, aunque no sabían de qué se trataba. Un magazín inglés insinuó, dado el nombre, que se

trataba de un proyecto gigante de clonación, tema que aún no se había dado a conocer entre el público pero que daría mucho para comentar en los próximos treinta años. En una revista cubana, con ironía escribieron que no se trataba de clonaciones, sino de algo relacionado con obras sanitarias, y que la sigla CLO tenía relación directa con las vías intestinales de animales, o simplemente con el conducto de aguas servidas. La Organización Mundial de la Salud prefirió ignorar todas las consideraciones, a favor o en contra. No hubo nuevos comentarios.

El primer paso para concretar el objetivo fue buscar personal de técnicos, catadores y olfateadores. Con cautela inscribieron técnicos profesionales, pero cuando llegaron al tema de los catadores, se presentó un gran problema. Los postulantes, al informarse de la peligrosidad del material para probar u oler, se rehusaron a firmar contrato, por lo cual se decidió valerse de los servicios de naturales de la región donde se instalaría el plan. Una última y acertada medida fue contratar los servicios de un filósofo que evaluara los aspectos empíricos y oníricos del acto olfativo y las aspiraciones reales de los participantes en esa tarea. El filósofo, hombre de gran experiencia, dijo que no debían mezclarse las aspiraciones de progreso de las personas con esas a realizarse con el material físico.

*

El habitante de las laderas del Himalaya vive humildemente; se alimenta con leche de cabra y las pocas verduras y bulbos que cultiva. Su vida es sencilla, obtiene pocos ingresos por su trabajo y su principal objetivo en la vida es orar y meditar. En esas condiciones, con facilidad pudieron completar el equipo de trabajadores del laboratorio. En buena hora, y con la bendición de los monjes budistas, el trabajo común comenzó su trayecto.

*

Encerrados en un ala del monasterio y sin conexión con las otras, los científicos comenzaron con los primeros trabajos. Además del personal de catadores y oledores, había un selecto personal que entregaba el material en envases cerrados, listo para ser olido. Los distintos olores descubiertos eran clasificados para ser objetos de un nuevo examen, y así pasar a una nueva fase de la investigación. Todo esto estaba bajo la supervisión del enólogo. Su larga experiencia catando vinos garantizaba buenos resultados, pero nadie sospechó que evitaba hacer el trabajo en la forma en que lo hacían sus subalternos.

El filósofo se encargaba de la parte ética y humana, y del razonamiento puro, y día por día estudiaba las ambiciones y aspiraciones de los trabajadores; quería saber qué intenciones tenían para adelantar en la vida. - Nada mejor que probar en uno mismo esos sentimientos – pensó – y se acercó a uno de los tubos de ensayo. Creyó que era una de las presentaciones del azufre, y con gran valentía sacó el corcho. No pudo soportarlo; cayó desmayado.

Un inesperado acontecimiento retrasó el ritmo de trabajo, e incluso despertó dudas sobre las condiciones de seguridad con que se trabajaba: durante el proceso de centrifugación del material se produjo una fuerte explosión que afortunadamente no cobró con vidas; solamente algunos obreros sufrieron quemaduras. Comprobaron que los gases que escapaban del centrifugador no soportaban temperaturas mayores a los tres grados centígrados.

Superados los problemas, el departamento químico siguió trabajando a buen ritmo, analizando todas las muestras recibidas. El progreso era notable y ya podían hacer comparaciones del material con el ácido sulfhídrico; no lo prefirieron, y por el frunce de ceño, todos sospecharon que los resultados no sabían bien. Optaron por el anhídrido sulfuroso, pero éste no dio un buen aliento a las aspiraciones científicas.

Veinte años de enclaustramiento y trabajo dieron sus frutos. Los fieles obreros cumplieron con su trabajo al pie de la letra, progresaron económicamente asegurándose un buen pasar, aunque sufrieron un gran cambio, como se pudo apreciar en la fiesta

organizada en honor de todos; cuando actuaron los bailarines españoles y alguien dijo olé, los invitados locales se fueron.

Científicamente, el proyecto fue un gran éxito, pero no pudieron explotar los resultados obtenidos. El olor y sabor no eran como se suponía, sino como el de un nuevo condimento. El estigma creado al llamar al producto Factor M que aparentemente insinuaba qué elemento lo componía, la utilización de la fórmula P2, y el conocimiento de que el personal realizaba tareas de deposición espantó a los clientes, y en poco tiempo el proyecto y el producto fueron olvidados.

Crimen imperfecto

José Gómez volvió enojadísimo de la casa del contratista; no era para menos, pues el hombre lo estafó en centenares de miles de pesos. José Gómez veía concretarse su sueño de la casa propia, chalet con jardín al frente, garaje e inmenso patio con piscina y espacio con césped para que jugaran los niños. El contratista de obras le propuso que hiciera el pago por adelantado y en efectivo, para evitar cargas por impuestos. Con candidez, José pagó la mitad del importe, sin pedir recibo. Ese error le costó la pérdida de sus ahorros y por consiguiente significó la frustración de sus ilusiones.

Varios días después del pago, recibió mil ladrillos sobre el terreno, y la promesa del comienzo del trabajo a la mayor brevedad. Para no despertar sospechas en la Dirección Impositiva, mantuvo en secreto el negocio concertado.

Los meses transcurrieron y ningún movimiento se veía en el solar; el ingenuo Gómez comenzó a buscar al inescrupuloso comerciante, mas éste se escurría de su vista. Cuando lo encontró, con desparpajo le dijo que se había declarado en quiebra, por lo tanto no podía devolverle el dinero. En acalorada discusión surgió el detalle sobre la veracidad de los hechos; el hombre le aseguró que no había ningún registro de la operación en sus libros, dado que no existía recibo por el pago ni testigos oculares. José le dijo con enojo – lo pagarás caro – y se fue.

Transcurrieron varios años y no se habló más del caso, pero la cabeza de José elaboraba un plan para vengarse del estafador. La oportunidad se presentó una noche de tormenta. Fuerte lluvia caía en el apartado barrio en que vivía el ex contratista; el agua corría por las calles desiertas. José salió de su casa con un paquete, subió a su coche y viajó. En una calle apartada, sacó un impermeable ancho y oscuro, calzó unas galochas sobre su calzado y guardó en uno de sus bolsillos un revólver con silenciador. Caminó haciendo rodeos en varias calles para despistar posibles testigos, y llegó a los fondos de la casa; tal como lo planeó, en el patio había una escalera, por la que subió al techo en forma de losa. Se arrastró lentamente hasta llegar al amplio ventanal; se recostó con la boca hacia abajo, y vio al hombre que estaba solo en el salón, con la cara hacia él.

La venganza estaba por concretarse. Tomando la justicia en sus manos, iba a eliminar al culpable de su desgracia, y también a evitar que repitiera su fechoría. Apuntó con su revólver al corazón de su víctima, que lo miró con asombro; disparó dos veces. Con velocidad bajó del techo y desapareció en la noche, sin dejar huellas. Al subir al coche se sacó las galochas y el impermeable, y haciendo nuevamente rodeos, llegó a su casa.

Todo fue bien calculado. No quedó ninguna señal por causa de la lluvia, no hubo testigos, el arma no estaba registrada, el móvil del crimen no existía. Sólo se podía suponer que fue un intento de asalto. José se sentó a gozar de la impunidad de su crimen perfecto.

Dos horas más tarde, en un coche policial, un oficial y dos agentes detenían a José Gómez, como autor indudable del crimen del contratista.

En la clínica forense, el médico titular contaba con orgullo cómo descubrió al asesino, sin moverse del lugar. Durante las últimas semanas estuvo ocupado en la investigación de

la retina del ojo humano; según estudios realizados, la retina retiene la imagen de lo último que vio. En el ojo del contratista estaba fijado el rostro de José que el médico fotografió utilizando una nueva y maravillosa técnica.

Por un pequeño detalle, el crimen perfecto se convirtió en imperfecto.

La actriz

Volví del Conservatorio de Música y Arte Escénico después de hora y media de consultas con profesores de drama y empleados de la administración. A puertas cerradas y en voz baja me dijeron que la situación política cambió el espíritu del establecimiento. Entendí que aunque nunca expresé mis inclinaciones políticas, tendría problemas para ser recibido como alumno en la carrera de drama, y en caso de ser aceptado estaría obligado a afiliarme al partido oficialista.

Terminado mi servicio en el ejército tomé mis ropas y algunos libros, y con los pesos que me quedaban compré el pasaje a Francia, el más barato en un barco viejo.

El servicio dejaba mucho que desear. Veintitantos días sufriendo el calor y el hacinamiento, el estómago estropeado por la mala comida y la inestabilidad del barco me dejaron en el puerto de Marsella con cinco kilos menos, desalentado y sin fuerzas para llegar en ferrocarril a París. No tuve opción y ya al caer la tarde tomé el tren expreso. Con la salida del sol estuve en la ciudad luz, muerto de frío, buscando un cuarto para alquilar.

Con la espalda dolorida, cargando mi mochila, casi al mediodía me ubiqué en el cuarto de desván que me alquiló un agrio e insociable casero. Me tiré en la dura cama y dormí hasta el día siguiente, despertándome cuando el sol estaba alto.

Esa mañana ya estuve inscripto en la academia, para comenzar a estudiar en una semana. Inmediatamente comencé a recorrer las plazas para instalar mi clandestina ocupación de vendedor de cuadros. Pintando a varios turistas por semana me aseguré mi manutención aunque no en condiciones ideales.

El primer año de estudios fue duro aunque interesante.

Encontré compañeros de clase hostiles con los extranjeros; casi no pude participar en trabajos de grupo pues ellos no me lo permitían, pero el magnífico sistema de enseñanza me ayudó a progresar rápidamente. Ya en esa etapa sentí seguridad y me consideré actor. El próximo año estaba destinado para el estudio de dirección teatral, y ya los profesores nos anunciaban las dificultades en los cursos.

Fue una experiencia diferente; los estudiantes fueron más amables y me concedieron oportunidad para trabajar en conjunto. Una de mis compañeras, Jeanne Laborie, se sentó a mi lado en las clases; era inteligente, actriz por vocación. Al principio estuve cohibido, pero ella me ayudó a sentirme cómodo en su compañía. Nuestro compañerismo se transformó en amistad. Nos reuníamos por lo general en un bar, donde preparábamos juntos las lecciones. Cuando terminábamos de estudiar nos contábamos nuestras vivencias, nuestras penas y alegrías.

Ese invierno estuve unos días engripado; me cuidó con preocupación, me arropó, me calentó la habitación y cuando me sentí mejor me invitó a compartir su departamentito de dos cuartos y dependencias de servicio, cuidado amorosamente, como co-inquilino.

Fue un año maravilloso; trabajamos fuerte, preparamos proyectos que presentamos juntos, y lo más importante: nos enamoramos. Juntos recibimos el diploma de graduación y el premio a la mejor dirección teatral. El amor nos mantenía unidos; pasábamos algunas necesidades materiales aunque no nos preocupaban. Lo importante era estar juntos.

Con tristeza, pasamos la última noche antes de que ella viajara a la casa de sus padres. Planeamos encontrarnos después de las vacaciones y luego casarnos. Bebimos mucho hasta que mareados nos dormimos.

Me desperté tarde al día siguiente; Jeanne no estaba.

Sobre la mesa encontré una lacónica nota escrita con hermosa caligrafía:

Je te aime, adieu, J.

No escribió ni volvió. Extrañado, comencé a averiguar su dirección pero fue inútil; nadie la sabía y en la academia se negaron a dármela. Esperé largos meses y reconocí mi error al no anotarla. No entendí su nota ni su actitud.

Descorazonado, comprendí que había perdido a mi amada; levanté mis cosas y volví a casa.

Encontré el país diferente; no necesité afiliarme a ningún partido pues el gobierno había sido derrocado. El régimen militar no permitía actividades políticas, la situación era complicada, y el futuro incierto.

Mis estudios y el título obtenido en ese centro cultural fueron pasaporte abierto que me ayudó en mi carrera de actor y director, ya en mi joven edad. No podía quejarme. Trabajaba como actor y también dirigía mis representaciones y la de otros productores.

Muchos años después aún lamentaba haber dejado ir a Jeanne y sin pensar dos veces, un día tomé el avión a París. La busqué pacientemente, hasta que vi su nombre en un afiche pegado en la puerta de un pequeño teatro, en un barrio parisino. Esperé en la vereda hasta que llegaron los actores, pregunté por ella y me señalaron a una hermosa joven de veinte años. Me presenté y con delicadeza pregunté por su madre. Me dijo que la esperara hasta después del ensayo.

Cuando salió nos dirigimos a un bar, sentándonos en un lugar discreto. Comenzó a contar cosas de su vida aún sin saber quien era yo.

- Cuando mi madre llegó a mi pueblo descubrió que estaba embarazada. No quiso complicar a mi padre, recién recibido y sin recursos; por eso decidió traerme al mundo sin su ayuda; unos meses después, antes de que yo naciera viajó a buscarlo. Volvió sola y perturbada; contaba dos versiones: una, que su amigo no quiso recibirla; la otra, que no lo encontró. Se enteró que él sufrió mucho buscándola. Mi madre murió al nacer yo, nombrando todo el tiempo a su gran amor. Mis abuelos me criaron como si hubiera sido hija de ellos, brindándome mucho cariño. Siempre quise ser actriz, para dedicarle a mi madre en un gesto lírico, el cumplimiento de un deseo que no alcanzó a vivir. Me enviaron a París a estudiar en la Academia y aquí estoy luchando para conseguir un buen papel en un teatro de categoría.

Mis lágrimas fluían en abundancia. No pude contenerme y le dije: - Hija mía, yo soy tu padre. Desesperadamente busqué a tu madre sin saber que ella esperaba que nacieras. Nunca perdí las esperanzas; al fin te hallé y lamento no haber encontrado también a ella. Quiero llorar sobre su tumba y luego, si tú lo aceptas te llevaré conmigo a casa, pues ese es tu lugar. Soy actor y director con prestigio reconocido y tú lo compartirás conmigo.

Jeanne se abrazó a mí llorando. - Papá, toda mi vida te estuve esperando, soñando que llegabas. Voy contigo y no permitiré que nada nos separe nuevamente.

Hoy, junto a ella me despedí de su madre, y mañana los abuelos llegarán con nosotros al aeropuerto de París para desearnos un feliz viaje.

Quise una hija de Jeanne. Tomado de la mano con nuestra hija, estoy volando sobre el Atlántico. He sufrido mucho - le digo - pero te he recuperado.

Pero nunca le diré que con su madre tuve solamente amor platónico.

El fotógrafo

- ¿Qué te gustaría ser cuando crezcas? - Preguntaron a Guido. El niño, sin pensarlo contestó - fotógrafo.

Ya a los ocho o nueve años paseaba por los barrios fotografiando a personas y vehículos. En el secundario se anotó en un curso donde les enseñaban como tomar una

instantánea, una pose y el uso correcto de la cámara fotográfica. Luego siguió la carrera de Fotografía y Publicidad.

La seriedad de los estudios no pudo apagar su espíritu alegre y amante de los chistes. Recordaba aquel día que con un amigo, deportista famoso, fingieron hacer un reportaje. Fue en un bar; en una mesa vecina estaba sentado el reportero de un diario, conocido por sus trampas periodísticas, que escuchaba el diálogo, casi en su totalidad inventado por los dos amigos.

Al otro día, en uno de los matutinos de Roma, apareció el reportaje publicado por el periodista. Días después, Guido y su amigo lo desmintieron y dieron la versión verdadera, con consecuencias no agradables para el ladrón de información.

Otra vez, un joven fanfarrón que pretendía ser modelo, pidió que lo fotografiara para enviar la foto a una revista. Guido "arregló" la cámara para que la cara se viera con ligeras deformaciones. Cuando el muchacho las vio renunció a sus proyectos, convencido de que no era fotogénico.

Al terminar su carrera se empleó en la Policía de Roma como fotógrafo del Departamento de Investigaciones. Allí todo se hacía seriamente y no había lugar para chistes. Su trabajo era fotografiar los lugares donde se cometió delito, y las presuntas pruebas, aunque también tuvo la oportunidad de presenciar hechos y documentarlos.

*

La vieja mafia siciliana se había dispersado por todo el mundo. También en Roma había una organización que se dedicaba al contrabando, venta de drogas, asesinatos por encargo y ajuste de cuentas entre delincuentes. El Rojo Mancini estaba calificado con mediana jerarquía en la mafia; dirigía a un pequeño grupo y también ejecutaba actos importantes. Se le atribuían algunos asesinatos, aunque no pudieron comprobarlos; ya en el comienzo de las investigaciones las posibles pruebas perdían su valor.

Los detectives y fotógrafos buscaban un cabo para atraparlo en alguna falla; hasta el momento él se reía de todos, disfrutando su impunidad.

Una noche, cuando pasaba Guido con su coche frente a un cabaret de los arrabales; vio al Rojo apuntando a un hombre con su pistola, disparó dos veces sobre su pecho y subió a un coche que lo esperaba; en pocos segundos desaparecieron por las calles.

Guido pudo tomar una foto en el momento exacto de los disparos. Esa era la prueba que se necesitaba para detenerlo. Después de llamar a la Policía y recibir a una ambulancia que recogió al herido, viajó al Departamento de Investigaciones para realizar la revelación en el laboratorio fotográfico.

Entró y contó el suceso a sus colegas. La foto y sus declaraciones eran importantes para condenar al criminal. Trabajó con mucho cuidado para tener resultados óptimos. Minutos más tarde los policías que estaban en la sala oyeron una blasfemia y segundos después lo vieron salir con la cinta velada en sus manos. Algunos lamentaron, otros rieron.

Una prueba contundente ya no existía. Sólo quedaba la palabra de Guido contra la del Rojo y un grupo de expertos abogados. Sus compañeros sopesaban posibilidades: Una: el criminal creía que fue fotografiado, buena causa para esconderse y evitar los lugares que frecuentaba. Otra, que trataría de vengarse de Guido por haberlo descubierto. Decepcionado y asustado, éste se fue a su casa para descansar. Mientras tanto, el mafioso recibió un llamado telefónico donde le informaban los últimos sucesos.

*

La tranquila calle estaba casi a oscuras; un auto llegó silenciosamente a la casa de Guido. El conductor quedó esperando; el Rojo, utilizando sus precisas herramientas, abrió la puerta y entró. En una mano sujetaba una diminuta linterna y en la otra una pistola. Lentamente llegó al dormitorio, vio en la penumbra el cuerpo debajo de las cobijas, y

acercándose, a boca de jarro vació el cargador del arma sobre él. Sin esperar, corrió al coche, subió y desapareció en la noche con su acompañante.

Varias llamadas fueron recibidas en la seccional de policía del barrio. Dos patrulleros y una ambulancia llegaron en pocos minutos. Realizaron su trabajo y esperaron al detective Tonioni, superior inmediato de Guido, encargado de las pesquisas, y sus ayudantes.

Antes de la salida del sol, luego del primer interrogatorio el Rojo estaba tras las rejas de una celda. En otra, dormía el policía que le había pasado el dato sobre la identidad y la dirección de Guido, e información sobre la foto velada.

El detective Tonioni escribió en el acta del interrogatorio que en momentos del atentado, Guido dormía en la habitación contigua. El Rojo acribilló a balazos a la almohada de plumas que el joven recibió de su abuela. Colocada sobre el cabezal de la cama en el lugar del atentado, una excelente y sensible cámara de video cuya cinta giraba a bajas revoluciones, filmó todo lo que aconteció.

Guido reconoció que aunque había crecido, su mente aún elaboraba diabluras.

Sentencia Salomónica.

Transcurría una época difícil para la industria; las empresas cerraban sus fábricas o despedían a gran parte del personal. Cuando alguna de esas dos cosas ocurría, los obreros ocupaban las instalaciones y no permitían la entrada a nadie, hasta que se solucionara el conflicto.

Eso sucedió cuando grandes empresas textiles, frigoríficas y metalúrgicas se declararon en quiebra. Sin que nadie lo previera la historia se repitió, esta vez en establecimientos con pocos obreros. En estos casos los perjudicados fueron los trabajadores, y también los pequeños industriales, que perdieron sus bienes personales.

Este caso fue muy, pero muy diferente, verídico, y el desenlace fácil de comprender. El empresario se dedicaba a fabricar palos de escoba y para eso tenía un solo obrero que realizaba todos los trabajos. La estrechez económica lo obligó a suspender la producción por tiempo indeterminado, e inevitable fue la suspensión del leal trabajador.

Pero el hombre no se intimidó; ocupó la fábrica, cerró el portón de entrada y entabló juicio a su empleador. Como primera medida el dueño despidió al sereno, pues ya había quien cuidara desde adentro. Sólo restaba esperar el veredicto.

El juez deseaba tener una decisión acertada, sin perjudicar a ninguna de las partes. Recordó un dicho popular que podía coincidir con ella, quizás.

Y llegó la triste y salomónica sentencia. El Juez habló - El huelguista está despedido, amparado por los beneficios de la Ley de Despidos, y el demandado ya sabe qué hacer con los palos de escoba.

El cronista

¡Qué tarde! Tarde sin sol, con olor a humedad y sonidos sordos. Apreté mi pocillo de café cortado, dando sorbos cortos, como pensándolos, masticándolos; levanté la cabeza para tomar las últimas gotas y vi a Pascual que me miraba a través de la vidriera del café, preocupado, tocándose la frente con dos dedos. Dejé el pocillo sobre la mesa y lo llamé con un gesto; él asintió con un leve movimiento de cabeza. Entró casi arrastrando los pies y se sentó a mi lado, mirando hacia el piso.

- ¿Qué pasa, viejo? ¿Por qué tu pesadez y tu tristeza? - Yo no soportaba su sufrimiento - ¿Estás enfermo o algo malo ocurre en tu casa?

Pascual habló mirando hacia la nada - Esta mañana fui reo, acusador, defensor y juez de mí mismo. El escrito de mi acusación ya decidió mi culpabilidad. Mi crónica me sentenció. - Continuó hablando con voz muy baja - Llegué para entregar mi insulso artículo diario, cuando por un raro impulso, lo convertí en un puñado de papel picado. No pude seguir mi hipócrita pose conformista a través de mis escritos y en un arranque de

valentía o idiotez, escribí todo o casi todo lo que me molesta, desde la vecina gorda de arriba que tira el agua con jabón sobre mi cabeza, el chico de la carnicera que me pisa los timbos (*) cada vez que pasa, el irrespetuoso empleado del correo, hasta el ministro que promete y no cumple. Para disculparme, al final sólo escribí: Adiós, mis lectores. Perdón.

Transcurrieron varios días y no escuché palabra sobre Pascual; seguramente estaba ocupado buscando trabajo. Telefoneé a su casa, y una lacónica secretaria automática anunció que el señor Pascual no estaba. Su teléfono interno en el diario estaba desconectado. Pascual estaba desconectado del mundo y de sus amigos.

Compré la edición de la mañana, di una rápida ojeada a los titulares y a su ex columna y luego pasé a la aburrida hoja del director. Comencé a leer desganadamente y casi me caigo de la silla; el artículo, más que la hoja editorial, parecía un sermón de un cura revolucionario. Al final, firmaba simplemente: Pascual N. "El Director".

Bravo para Pascual por su valentía, bravo para los periodistas valientes que nos ayudan a vivir, inyectándonos por unos instantes un poco de esperanza. Quizás algún día el "Cuarto Poder" tenga suficiente fuerza para influir en el cambio, y los lectores agradecidos sean sus fieles soldados.

(*) Zapatos

El psiquiatra

La salud mental de los habitantes del pueblo no era ideal hasta la llegada del Dr. N, médico psiquiatra excelente, aunque era el hablar de todos debido a sus numerosas excentricidades. Sus tratamientos eran originales, por supuesto no convencionales, basados en chistes y otras rarezas; convirtió a la sociedad problemática de la pequeña población de casas con jardines al frente y frondosos árboles centenarios, en un verdadero idilio.

*

Yo me sentía orgullosa de ser su secretaria; cuidaba con cariño su casa, especialmente ese fin de semana en que viajó por motivos profesionales. El sábado por la mañana recibí a dos policías vestidos de civil, que buscaban a un peligroso demente escapado del hospicio regional; cuando les conté las maravillas que acontecían en el pueblo, no insistieron y viajaron. Luego me enteré que también estuvieron preguntando en la farmacia local; el farmacéutico les habló sobre el eficiente profesional, tan diligente y ordenado, que personalmente compraba las medicinas en su farmacia, para suministrarlas a sus pacientes.

*

El doctor regresó el día lunes trayendo obsequios para su fiel secretaria y amigos. Continuó realizando milagros médicos en la apacible población. Un día llegaron colegas a visitarlo y ofrecerle un cargo de jerarquía en un Instituto Psiquiátrico; el ofrecimiento no era para despreciar. Se sintió un poco culpable por dejar a sus clientes y amigos, pero todos entendieron que era para su bien, y le desearon mucha suerte en su nuevo puesto.

*

Me entristece dejar este lindo pueblo, pero no puedo resignarme a no progresar. Conservaré las cálidas relaciones que cultivé, y cierto es que nunca olvidaré a mis amigos.

El coche en que viajamos no es muy cómodo; recibo un trato amable y comprendo que soy considerado una persona valiosa para ellos. Hay dos robustos guardias que me protegen todo el tiempo. Lo que no termino de entender, es por qué estoy vestido con chaleco de fuerza.

Los tres amigos

Estudiaron juntos cinco intensos años, que a pesar de la intensidad pasaron como un soplo. Salieron con los diplomas en la mano, usándolos como abanico, caminando abrazados y cantando bajo el sol de noviembre.

Los tres eran diferentes, aunque paradójicamente, iguales. Ignacio era alto y atlético, amante de la gimnasia, carreras pedestres y todo lo que requería esfuerzo físico. Su cabello estaba siempre rapado, y se jactaba que nadie podía tomarle el pelo; su piel siempre tostada por el sol. Era efusivo y espontáneo y todos sus juegos terminaban en una lucha libre o si las circunstancias o el lugar no lo permitían, se conformaba con una simple pulseada. Su risa era abierta aunque no estridente. Daba la mano reventando dedos y abrazaba quitando la respiración. Decía las cosas como eran y nada lo intimidaba o avergonzaba.

Héctor era un poco más bajo, muy delgado, con renegridos cabellos siempre despeinados y caídos sobre los costados y la frente, que hacían resaltar su piel blanquísima.; sentía terror pánico por los peluqueros. Las manos huesudas tenían un atractivo que recordaba a algún pianista o escritor; el vello oscuro que las cubría hasta los dedos les daba un carácter especial. No era deportista, pero para compartir muchos momentos con su amigo, lo acompañaba en sus entrenamientos. Era sumamente estudioso y reservado.

Mónica era un poquito más baja que Héctor, rellenita aunque no gorda, no aumentó ni bajó un gramo en los cinco años de compañerismo. Tenía el rostro rosado y redondeado, que se ensanchaba más cuando sonreía, formando dos hoyuelos. El delicado mentón completaba la armonía del rostro. Blondos rulos caían sobre los hombros, y sabía moverlos con un movimiento pendular que producía mareos a los dos amigos. No practicaba deportes, pero le gustaba intervenir cuando los dos chicos forcejeaban tirados en el suelo. Entonces, se arrojaba sobre ellos en una turbulenta lucha libre que finalizaba sin vencedores ni vencidos. Luego los abrazaba y besaba en las mejillas o en los cabellos.

Desde el comienzo del secundario compartieron el mismo banco en la misma división. Convinieron un turno rotativo para no provocar discusiones; ora se sentaban juntos los dos chicos, ora ella con uno, ora con el otro. Los deberes para la casa y la preparación de las lecciones eran en equipo. Se llamaban a sí mismos "el triángulo equilátero" y no permitían que nada en el mundo deformara los tres ángulos iguales. Era una secta que no admitía intrusos.

En las largas tertulias mantenían conversaciones que los acercaban más espiritualmente. Mónica se recostaba sobre el pecho de alguno de ellos y charlaba sin descanso. Le gustaba hablar de amor, alegrando a Ignacio y avergonzando a Héctor. Por lo general estas reuniones terminaban en una pelea sin armas que finalizaban con los cuerpos cansados y abrazados en el duro piso.

Cuando salían a pasear, ella tomaba una mano de cada uno y los arrastraba hacia la dirección que elegía. Era la voz cantante y la que daba alegría al grupo. Le gustaba coquetear con ambos.

Si alguien le preguntaba a quien quería más, contestaba: - Al que está lejos o enfermo.

Los dos muchachos estaban enamorados de ella en silencio; la protegían, le llevaban los objetos personales más queridos a los que renunciaban para obsequiarle, y los chocolates y golosinas que a veces ni probaban. Nunca le demostraban sentimientos de amor, pero se ponían celosos si algún joven se le acercaba.

Al terminar los estudios organizaron un viaje a un pequeño lago ubicado en un bolsón protegido de los vientos cordilleranos. Consiguieron una gran carpa, camas desarmables y elementos de cocina. Viajaron en un ómnibus que los dejó en el lugar con el equipaje. Mónica, pequeña ama de casa, organizó el equipo de trabajo: sería la cocinera, Ignacio el encargado de los trabajos pesados y Héctor de la limpieza de la carpa y alrededores. Llevaron radio para escuchar música y bailar en las tardecitas. Durante las noches unían las tres camas para no sufrir el frío; la muchachita se acostaba en la cama del medio y los amigos la abrazaban desde cada costado para calentarle el cuerpo. Así, calentitos dormían

hasta el alba. A esa hora ya comenzaban las actividades: juntar leña para una fogata, acomodar nuevamente la carpa y preparar el desayuno. Luego salían a caminar por las cercanías cantando y haciendo patitos con piedras, sobre las aguas del lago. Cuando volvían tendían una línea para pescar alguna trucha o arco iris.

Una tarde, mientras Mónica dormía, Ignacio llamó a Héctor aparte y comenzó a hablar con seriedad. - Mira, después de las vacaciones cada uno tomará su rumbo y ese será el momento para decisiones. Los dos estamos enamorados de Mónica y creo que ella lo sabe. La elección está en sus manos. Desde ese momento debemos tener el terreno libre para conquistarla y no me ofenderé si te elige a ti, pero no cederé sin luchar antes por ella.

- Hemos elegido y aprendido a ser hermanos y sólo la muerte puede deshacer nuestro pacto; no puedo disputar su amor contigo – dijo Héctor. Quisieron continuar hablando, mas su amiga salió de la carpa llamándolos para tomar el te.

En los días siguientes la muchacha los mimó más que nunca. Su intuición le ordenaba despedirse de ellos; lo hacía con tristeza, como si fuera la última vez...

*

Ya todo estaba dentro del cajón, dispuesto a ser cargado en el vehículo que lo transportaría.

Los tres entraron al lago para disfrutar de los últimos momentos dentro del agua fría. Se internaron un poco, nadando y jugando. De pronto Ignacio sufrió un calambre que no le permitía nadar de regreso. Héctor buscó un lugar donde asirlo y sólo pudo pasarle el brazo por debajo del cuello, pero las fuerzas se le acababan. Mónica estaba como petrificada en el lugar sin poder ayudar. Lentamente Héctor traía a su amigo hacia la orilla, hasta que el peso de Ignacio lo arrastró; trató de levantarlo, mas no lo consiguió. El pesado cuerpo de su amigo se fue desprendiendo de él hasta que desapareció en la profunda masa de agua, ante la desesperación de la chica que lo empujaba desde abajo.

El regreso fue triste y la última despedida fue más aún. Héctor se sentía culpable por no haber podido salvar a su amigo, y además veía esa situación como un mensaje para vencer a Ignacio en el desafío. Propuso a su amiga que dejaran de verse, pues no se sentía acreedor a su cariño y amistad. Ningún argumento de ella pudo convencerlo de lo contrario.

Dos meses después, Mónica viajó a estudiar y el muchacho quedó en su casa en estado depresivo. Cuando se sintió un poco mejor se empleó en una casa de computación, trabajando en el laboratorio de reparaciones.

Su cuarto con decenas de fotografías de los tres colgadas sobre la pared, la amplia cama, la mesa con la computadora y la alta pila de libros y papeles daban una triste sensación. Parecía un santuario de tres personas: una muerta, otra hecha un despojo humano y la tercera lejana y añorada. Las ventanas abiertas, con las persianas entornadas producían una penumbra permanente. Allí pasaba largas horas leyendo y escribiendo hasta que lo vencía el sueño. La tristeza le agudizó la facilidad para escribir y así acumuló muchas hojas de prosa y verso donde volcaba sus sentimientos.

Todo el tiempo pensaba en su amiga, a quien veía dentro de un balón brillante que no le permitía tocarla; su rostro rosado acariciado por los rizos rubios le sonreía. Así se encontró dos años después en la noche de Año Nuevo; sus padres celebraban con unos amigos. Se sentó a escribir; estaba concentrado en su trabajo y no oyó el tenue golpe de la puerta al cerrarse. De pronto un frufú de telas cayendo lo distrajo; miró hacia atrás y vio a Mónica sin la aureola, despojándose lentamente de sus ropas, sonriéndole dulcemente. Emocionado, comenzó a acercarse a ella lentamente; acarició su suave piel mientras abrazaba el cuerpo desnudo. Desde afuera llegaba el sonido de los fuegos artificiales.

Orgullo

Un día primaveral llegó Osvaldo a la ciudad, valija en mano, el manuscrito de su novela y muchas ilusiones. Su título de abogado y la experiencia de años le prometían éxitos en el bufete que se proponía abrir. Estaba expectante también de la publicación del libro en el que trabajaba desde varios años atrás, y hoy estaba en sus capítulos finales.

La ciudad era encantadora; el cielo de color azul fuerte y brillante estaba matizado por nubes con formas de motas de algodón, y los árboles en las veredas agregaban un poco de verde al conjunto. Las muchachas vestidas con ropas floreadas completaban el idílico cuadro.

En su departamentito amueblado con gusto, Osvaldo disfrutaba su vida de soltero y atendía en el pequeño estudio que recibió listo para ser habitado. Sus pertenencias eran una valija con ropas ahora acomodadas en el ropero y algunos libros sobre temas legales

Comenzó con entusiasmo; mientras, iba conociendo a sus colegas, que lo recibieron con calor. En una de las reuniones del Colegio de Abogados la conoció; la vio conversando animadamente con hombres y mujeres con la soltura propia de una persona sana espiritualmente. Con su sonrisa llenaba la sala e irradiaba simpatía. Era hermosa, de belleza serena y ojos que hablaban de la maravilla de la vida. Lo vio solo y lo llamó a compartir la charla.

Desde ese momento se produjo un cambio en ambos; cultivaron una amistad natural, aunque él no podía evitar hablar de amor y más aún, de sus sentimientos hacia ella que aumentaban cada día. Delia evitaba el tema con habilidad y dulzura.

Cada uno contó su vida sin omitir detalles, incluso algunos sucesos no gratos. Ella habló de su niñez inocente en la gran ciudad, anécdotas en el colegio secundario y en la universidad, cómo conoció a su marido con el que se casó antes de finalizar los estudios, del temprano embarazo y el nacimiento de Emilia que llegó como regalo de graduación para ambos. Una historia de amoríos apartó a su esposo de ella, que quedó dolorida por el engaño; crió sola a su hija y se mantuvo trabajando en un afamado estudio jurídico. Estaba radicada desde hacía varios años en la pequeña ciudad con un buen pasar, muchos amigos, y en especial con tranquilidad para educar a la cariñosa adolescente de trece años. A los treinta y cinco años Delia estaba emancipada económicamente, con una niña para amar y una carrera en camino.

Osvaldo también tuvo una niñez normal en la capital, soñando ser abogado y novelista. Hasta ahora todo funcionaba como lo pensó. Adquirió experiencia trabajando con un estudio de abogados y por las noches trabajaba en la novela, su orgullo y mayor esperanza.

Cuando Delia y Osvaldo estaban desocupados se sentaban a leer el manuscrito comentándolo; la niña también disfrutaba en esos encuentros. La relación entre los tres era tibia y espontánea. Sentimientos de amor iban arraigándose también en el corazón de Delia. Osvaldo se puso en contacto con una gran editorial con la intención de pedir el financiamiento y distribución del libro.

Sus requerimientos amorosos no cesaban y Delia sabía contenerlos sin ofenderlo. Un día, por fin le dijo con dulzura - Osvaldo, hay un hermoso árbol con un solo fruto a punto de madurar; ten paciencia; cuando esté maduro y perfumado, tú serás el único que lo disfrutarás.

- Entiendo tu metáfora – contestó él - mas si mi amor por ti no es correspondido mi vida pierde su objeto. Sufro pensando que aún no llega el momento en que me digas que me quieres – le tomó la mano y Delia percibió su temblor.

A fines del otoño su manuscrito estaba sobre el escritorio del editor. Ahora tenía dos preocupaciones: conseguir el amor de Delia y el contrato con la editorial.

Una tarde de invierno apareció en el bufete de Delia con un sobre muy grande; estaba apenado y se sentía fracasado. El manuscrito volvió sin ser aceptado; lo acompañaba una lacónica carta en la que se excusaban por la devolución. Su amiga lo abrazó apenada - no

te preocupes; tienes todo mi apoyo; continuarás escribiendo y juntos lo lograremos. – Comenzó a besarlo; la niña vino y lo abrazó con cariño. Continuó Delia - querido, tienes todo mi amor y a mí para consolarte. Ve, prepara todas tus cosas y hoy a las nueve te pasaré a buscar con mi auto para ir a nuestra casa.

Por la mente de Osvaldo pasaron muchas cosas – esta maravillosa mujer me consuela por mi fracaso, mi manuscrito, un puñado de papel. Me da su amor y sufre conmigo junto con esta dulce niña. Me ofrece su vida para ayudarme en mi tristeza, me brinda su compasión – se dejó besar y abrazar y luego fue a arreglar sus cuentas con el casero. Más tranquilo, envalijó y empaquetó sus pocas cosas, reuniéndolas junto a la puerta.

A la hora indicada llegó Delia en su coche y esperó. Al ver que todo estaba oscuro, golpeó pero no obtuvo respuesta. Preocupada, subió nuevamente al vehículo y viajó hacia su casa pensando que lo encontraría esperándola.

Cinco minutos más tarde paró un taxi frente al departamento de Osvaldo; rápidamente cargaron todo y partieron hacia la salida de la ciudad. Poco después los envolvió la oscuridad.

Doble juicio

En el juzgado se realizaban dos juicios que en realidad se convirtieron en uno. Técnicamente, las pruebas aportadas en uno de ellos eran válidas también para el otro.

El demandante declaraba que fue víctima del demandado, quien le dio un fuerte puñetazo en el pecho, y exigía cierta suma en indemnización por agresión; solamente su despabilo al dar un paso hacia atrás lo salvó de una caída que hubiera puesto en peligro su vida.

El abogado que lo representaba dio ejemplos que en su oportunidad aportaron jurisprudencia en lo que se refería a golpes que no dejan señales en el cuerpo, pero que en el futuro podrían influir en la salud del individuo.

En el otro caso, el antagonista lo demandaba por el hurto de un medallón y cadena, ambos de oro; en el reverso del medallón estaba grabado su nombre. No podía demostrar la veracidad del hecho pues no había un solo testigo presencial; esos elementos estuvieron en su poder en momentos de la denuncia, hasta que fueron depositados en el Juzgado como prueba de acusación.

El Juez formuló a la persona que denunciaba haber sido golpeada, una sola pregunta – ¿Cuántos golpes recibió usted durante la agresión y cuánto tiempo tomó?

- Tomó menos de un segundo, señor Juez; un solo golpe que valía por muchos.

El magistrado golpeó con su martillo sobre la mesa – He aquí mi veredicto: el golpeador queda absuelto de todo cargo y el golpeado será penado con un mes de cárcel por el delito de robo. Con el puño cerrado no se puede apresar nada, como esa persona lo hizo. Ahora, pido a la otra persona que muestre la marca que quedó en su cuello cuando el dueño del medallón se lo arrancó a la fuerza.

De cañadas, lomas y fortines

Don Esculapio Simenoga terminó su amargo con fuerte ruido, dijo gracias, y se levantó un poco de la cabeza de vaca que le servía de asiento, un poco chica para su gran humanidad; los presentes pararon la oreja esperando algo diferente, pero él sólo se masajeó con disimulo las asentaderas.

- Déjeme que le ponga un poco de unguento de ruda en el susodicho lugar, pa que le calme laj emociones – dijo el Alpargato con efusividad.

- Paso; pa eso me arreglo solo – contestó don Esculapio en académica y agachada postura.

El acontecimiento pasó como si nada hubiera ocurrido. La conversación continuó en torno de la historia (mal) viviente de dos pueblos, hoy convertidos en polvo de ladrillos. Lo único acreedor para ser mencionado era el mangrullo, que para no estar en desacuerdo con las leyes de construcción, estaba montado arriba, en la lomita.

Con impaciencia, don Simenoga los paró en seco, y con la “versatilidad” de su verbo, le entró a dar nuevamente al cuento.

- Entonces, mi preseter On Fisojenio abrió la boca que la tenía grande y se espesó: “Esos sí que eran tiempos, no como loj de ahora. Loj conquistadores del desierto laj tenían grandes y pesadas (en ese sentido) y nada mejor que dejar fundados doj pueblos en la avanzada, ande tuitos quedaron vestidos de civil pa desapercibir a la indiada. El coronel, de cuyo nombre no quiero acordarme, miró a lo lejos doj puntos, se acomodó el poncho, regalo de misia Eupafelicia, y con elegancia y parsimonia dijo y repito: Esos doj lugares van a ser loj poblados que unan a loj habitantes en el cuidao de la frontera. Montó al malacara, y seguido de su tropa, se jué pal lao de la capital. Ahí, así de memoria, fundó loj doj pueblos, pero le erró en laj descripciones. A la lomita la yamó “La Cañada” y a la cañada, pa no errarle, la yamó “La Lomita”. Y al mangruyo que estaba sobre la loma, también pa no errarle, lo llamó Mangruyo. El problema era que loj de La Cañada no tenían agua pero sí loma y mangruyo, y los de La Lomita sólo tenían agua. Y por esaj pertenencias empesaron laj discusiones.

Loj sueños del coronel fueron como pesadiyas, porque un pueblo no se arreglaba con el otro, y pa compensar, los mismos vecinos se mataban entreyos.”

- ¿Y a qué distancia estaban loj pueblos? – preguntó el Alpargato con sumo interés.

- Algo como de doj leguas a pie, pero a caballo le salía un poco menos.

- ¿Y cómo se explica eso?

- Porque a pie había que esquivarle a loj cascotes y tortas de vaca, con sus lamentables consecuencias - dijo don Esculapio – y sigo hablando por la boca de mi preseter, el siempre bien ponderao On Fisojenio.

-¿Por qué aorita lo pronunsea con ge y antes con jota? Preguntó el ilustrado Alpargato.

- Porque con ge o con jota ej lo mismo.

- ¿No se dise lo mismo?

- Lo mismo y lo mismo, ej lo mismo – dijo don Esculapio con sequedad y acomodó su humanidad sobre la osamenta, pero le erró un poquito, clavándose un cuerno. Disimuló la sorpresa y el dolor, y continuó con la historia de Fisojenio (o Fisojenio).

“Las trifulcas entre todos siguieron hasta que entre dijuntos y juidos no quedaron cristianos en los doj pueblos. A laj casas se lej fueron cayendo laj paredes, y los animales laj ocuparon. Con el tiempo loj civilisadores descubrieron ese tesoro y fundaron laj compañías de abonos y remedios. Llamaron a un investigador al que apodaban Raone, un moso alto y lindo con bigotes a lo Clar Gable, que se espesabilisaba en fortines, y también los escribía en libros, y al ver el mangruyo, se cayó de culo.

- A esta reliquia no me la pierdo; le voy a sacar el jugo - pensó – sacó un lápiz, y como hombre ordenado que era, lo afiló y en un papel de astrasa dibujó al mangruyo. Ese primer mangruyo le trajo la maña de los mangruyos, pero pa darle categoría loj yamó fortines. Montao en su picaso se visitó tuitos loj fortines, y cuando se le murió el picaso se compró una cuatro por cuatro”.

Que quiere que le diga; el Cacho, que se yama, le puso latapa a unoj cuantos, porque le puso tapa a loj dibujos, le agregó algún cuento y loj vendió por libros, y también dio conferencias. Los más piyados lo yaman historiador. Ahora aparese de ves en cuando en los diarios, pero patacones...

A causa de la caída de culo se le estropió la espalda y dentró a la jubilación, que no está mal en épocas normales, pero le aplicaron todos los descuentos, lo que le obligó a irse a cuarteles de invierno con la Mary, viviendo felices por loj siglos de loj siglos.

Se compró una de esas cajas cuadradas y hoy se dedica a mandar telegramas y dibujos a un montón de amigos, y ellos, le mandan más en vengansa.

Don Esculapio terminó su exposición, pidió otro mate, pero no disfrutó de él pues el agua ya estaba fría.

Lo que sí se asegura en la selecta sociedad, es que la loma, la cañada y el mangrullo siguen en el mismo lugar.

Obs.: El autor no puso comillas en las palabras correctas porque se le cansó el dedo

Tierra quemada

La gente que pasaba por la calle evitaba los diminutos cráteres llenos de aguas calientes; en los hervideros, el barro "plopeaba" salpicando sin clemencia a los pocos caminantes, acostumbrados a las condiciones en la isla. Los vehículos que se veían eran sólo pequeños carros empujados por sus dueños, que evitaban el uso de animales de tiro, para evitarles quemaduras en las patas. Fuerte olor a azufre acompañaba a la perenne y tenue neblina.

Los habitantes de esa aldea de pocas almas vivían de la pesca, o atendiendo a algún turista que venía a gozar de las aguas termales. Sobre las laderas de las colinas criaban cabras y ovejas, y cuidaban centenarios olivos que cubrían todo el terreno aprovechable. Las mujeres hilaban, tejían y se ocupaban del mantenimiento de las enormes redes de pesca.

Esa mañana de invierno las oscuras nubes presagiaban algún mal suceso. Poco después del inicio de la jornada volvieron todos los pescadores trayendo el cuerpo de un hombre; había caído de uno de los botes, enganchándose en una red. Todo aconteció tan rápido que no hubo posibilidad de ayudarlo. La noticia se difundió y en pocos minutos decenas de mujeres vestidas de negro en duelo colectivo, corrieron hacia la casa del difunto.

Hermógenes era un joven cartonero. Todos los días salía muy temprano de su casa para juntar en su carrito unas pocas chatarras que amontonaba en el patio; al llegar la pila de desperdicios a una altura considerable, avisaba al contratista que se ocupaba del reciclaje, y éste enviaba un camión con ruedas macizas para recoger lo recolectado. Por la compra pagaba unas pocas dracmas con las que Hermógenes mantenía a la pequeña familia que formaba con Elah, su joven esposa y el pequeño Ilis. El sueño de los jóvenes era salir de ese lugar castigado por terremotos y condiciones climáticas extremas, y trabajar en labores más humanas y rentables.

Esa mañana, estaba haciendo atados de hierros y maderas, cuando la tierra comenzó a temblar, como era habitual; la gente no se inmutó en especial, pues esos casos terminaban en pocos segundos sin graves consecuencias. Esa vez el temblor lo sorprendió; perdió el equilibrio, cayendo sobre la tierra hirviente y lodosa; lo levantaron, pero ya había sufrido algunas quemaduras. Lo llevaron al pequeño dispensario, desvanecido y sucio.

Cuando volvió de su desmayo, lo recibió la sonriente cara de Elah, que lo acariciaba. Se miró a sí mismo, sorprendido por estar tan blanco y limpio, sin el barro que representaba la vida en ese lugar. Parecía un buen augurio; un fulgor de esperanza los acarició. Decidieron comenzar nueva vida en un mejor lugar; tal vez esta vez sus sueños se harían realidad.

Salieron a la calle brazados, caminando lentamente, evitando los hervideros.

Reunión literaria

Queridos lectores:

Me invitaron a una reunión de escritores a la que debía llegar a las nueve y media de la mañana, en un simple viaje en autobús con trasbordo.

A las siete y media estuve preparado para salir al cruce por donde pasa el preciado vehículo. Lo esperé cuarenta minutos y cuando ya estaba descorazonado, llegó. Perdí el autobús principal por medio minuto, lo que me obligó a esperar otros veintinueve. Cuando llegué busqué el autobús número cuatro y nadie sabía explicarme donde tomarlo. Pregunté sobre la dirección a la que debía llegar y me contestaron con el estilo que usaban los antiguos paisanos: ahicito nomás, después de la loma, a la derecha.

Quise hacerme el héroe y comencé a caminar cuesta arriba. Mis piernas no daban más y para no aburrirme probé silbar alguna linda melodía, pero mi respiración no me ayudó. Al final del kilómetro en subida me encontré con un sistema sofisticado de escalinatas que me recordaron la película "La batalla de Argelia". Por ser mi primer visita no estaba mal. Llegué con retraso de una hora. Recibí algún reproche liviano.

Para la segunda reunión me sentí veterano y con experiencia para la gran aventura. Llegar al cruce que se encuentra a la distancia de dos kilómetros de mi domicilio me tomó media hora, más cuarenta minutos de espera hasta que pasó un amigo en coche y se ofreció a llevarme hasta donde yo quisiera. Como ya sabía cómo viajar le pedí que me dejara frente a la terminal. Pregunté por el autobús número cuatro y aprendí que el cuatro se toma en el centro. Subí a un auto-carreta que viajaba como en una procesión; en media horita cumplió con el servicio que en días normales lo hace en menos de cinco minutos. El "cuatro" se hizo rogar y a duras penas, transpirando y cojeando llegué a la entrada del edificio. Conté todos los escalones y jadeante llegué al baño.

Saludé avergonzado, me senté, leí el material, lo entregué, miré el reloj y grité: FELICES FIESTAS. Esa fue la entrevista más corta de mi vida.

Bajé corriendo la interminable serie de escalinatas hasta que llegué a la calle principal para iniciar mi viaje de vuelta a casa, el mismo itinerario, pero al revés.

Tengo una idea: para el próximo encuentro creo que los invitaré a ellos aunque tenga que preparar café para un regimiento. Hasta la próxima. Felices fiestas.

La carta

Estaba sentado Ignacio en su despacho, conversando con su Contador. Las caras severas delataban un decaído estado de ánimo. Sacó de un sobre un papel escrito a mano; con indecisión comenzó a leer en mediana voz.

“Querido Ignacio: años pasaron desde aquél día que dejé la casa paterna, desobedeciendo las normas que aprendí en la niñez. Reconozco mi apresuramiento, pero mi joven edad se manejaba con impulsos. Ya no hay posibilidad ni tiempo para encaminar la rueda hacia atrás. A pesar que los recuerdos me atraían hacia la casa natal, sentimientos y obligaciones me aferraron a la realidad.

Mi casamiento con Julio fue un acto de rebeldía. No quise aceptar sanos consejos; preferí alejarme rompiendo vínculos muy estrechos. Reconozco mi error pero no pido perdón, y creo que ya no es necesario aumentar su gravedad; lo he pagado lentamente.

Después de casarnos, viajamos al Chaco, y Julio se empleó en un obraje como capataz de cuadrillas. La vida no fue fácil; me sentí muy sola atendiendo mi humilde hogar, vivíamos estrechamente, y para colmo de males, mi esposo sufrió un terrible accidente, cuando una estiba de troncos rodó hacia abajo, aplastándolo. Largos meses estuvo internado y yo mantuve la casa con lo poco que pude ganar. Como no era asalariado, no tenía beneficios sociales; tampoco tuvo la precaución de abonarse a un seguro médico. Los pequeños ahorros se terminaron. Falleció dejándome sin recursos.

Poco tiempo después me enfermé. Paso el tiempo internada o acostada en mi pobre vivienda, en la que ya no queda nada para vender. Debo comprar mensualmente una medicina muy cara; además estoy a punto de ser desalojada de la casa por falta de pago.

He esperado mucho tiempo para recurrir a ti. Necesito una ayuda para levantar la orden de desalojo y para los remedios del mes. Solo diez días me separan de la catástrofe. Tú eres mi única esperanza. Besos, Eugenia”.

*

- La carta demoró varios días en llegar. Inmediatamente subí al coche, cargué combustible y viajé. Llegué hasta su pueblo y me presenté en la casa de su vecina que con dolor me dijo que ya era tarde. Eugenia falleció sin alcanzar a verme ni recibir mi ayuda. Me contó algunos detalles: para evitar la vergüenza de verse con las cosas en la calle, se internó un día antes. Preguntó por los gastos de internación y de sepelio en caso de morir; alguien, con poco tacto, le dijo que si no pagaba, su cuerpo podía ser entregado a la ciencia.

- Imagínate, corrí al hospital y comencé a averiguar. Una sociedad de caridad se encargó de su cuenta y del entierro. Me entregaron un gran sobre lacrado. Afirmaron que allí estaban todos sus documentos y pequeños objetos. Aboné todos los gastos, hice una donación a la Sociedad, y luego contraté una empresa para que se ocupe de enviar su féretro. En pocos días estará aquí para descansar cerca de nosotros.

Ignacio respiró profundamente y abrió el sobre, sacando las cosas una por una; fotos de la familia, sus primeros aritos, su diario de adolescente. Luego sacó su partida de nacimiento, la nota de desalojo, la partida de defunción y varias cartas escritas a través de los años, ya amarillentas, que nunca envió.

Introdujo su mano nuevamente y encontró el último objeto. Era un sobre pequeño, que parecía haber sido cerrado días atrás. Con miedo, comenzó a abrirlo; le parecía que estaba tocando a Eugenia. Con voz muy apagada comenzó a leer:

"Querido hermano: después de tanto años, supongo que estás solo, sin nuestros amados padres.

Quiero confesarte un secreto y pedirte un último favor:

Hace tres años nació nuestro hijo; es hermoso y dulce, parecido a ti. Cuando mi esposo estuvo internado y quedé sin posibilidades de atender al niño, lo dejé en un asilo para su cuidado. No me cobraron un centavo ni me obligaron a renunciar a mis derechos sobre él. Escribo la dirección al pie de la carta. Quiero que mi parte de la herencia que dejaron nuestros padres, sirva para educarlo. También te pido que le cuentes sobre mí y sobre todo, que no me olvide. Recibe todo mi amor. Eugenia."

Ignacio se levantó de su silla con los ojos enrojecidos por el llanto; con voz quebrada pudo decir - El principal objetivo de mi vida será cuidar y querer al hijo de mi única hermana, como si fuera mío. Ella estará representada en él; será el mejor lazo que la unirá con el amor que dejó en la tierra.

Continuó con firmeza - Ya es hora de comenzar.

La felicidad enterrada

Hubo una vez un propietario de inmensas extensiones rodeadas por montañas cubiertas de nieves y bosques. Ríos y arroyos regaban las tierras aptas para todos los cultivos; el paisaje encantador y de carácter pastoril invitaba a la vida. Las dádivas que recibió de sus antepasados le preparaban un buen pasar. En este idílico ambiente vivía con su familia.

Pasaron los años y al verse envejecer, llamó a sus hijos y les contó un secreto que pasaba de padres a hijos. En los inmensos campos, enterrada bajo la fértil tierra se encontraba "la felicidad", prometida a quien los trabajara. Cada sucesor entendió los

términos del legado a su manera, y para llegar a una buena conclusión transcurrieron muchas generaciones.

Los nuevos propietarios integrantes de la familia trabajaron la tierra, a veces intensamente, a veces no, pero la intención siempre fue encontrar la felicidad o enriquecerse. Muchos trataron de lograr las dos cosas juntas.

Con el correr de los años convirtieron el campo en un vergel que renovaban con periodicidad de acuerdo con las edades de las plantaciones o con las exigencias del mercado. Las ansias de triunfar en la empresa los unieron en el trabajo. Sus sudores humedecieron las tierras y muchos surcos fueron marcados con el esfuerzo de sus espaldas.

Los jóvenes se casaron con lindas y robustas campesinas que trajeron al mundo niños sanos que continuaron lo iniciado por sus padres. La extensión de las tierras no permitía elaborarlas en un solo año, por lo que decidieron hacer cultivos selectivos y anuales, trabajando por turno cada parcela repartiéndolas en las diferentes estaciones.

Llegado el siglo veinte los progresos de la ciencia tomaron papel importante en la agricultura, mas la voluntad para trabajar disminuyó. La riqueza material no fue lograda y la situación de disconformidad comenzó a dividir a la familia que tampoco encontró la felicidad prometida.

Llegó el fin del siglo y las propiedades, que ya no rendían ganancias, quedaron en manos de un solo heredero. Decidido a enfrentar a la realidad se encomendó a una empresa titánica.

Comenzó nuevamente con la explotación de la tierra, pero ya era tarde para lograr algo sólo con el trabajo. Pasó muchas noches en vela pensando qué podría hacer con las tierras, consultó con especialistas de los que recibió muchos consejos, y finalmente llegó a una decisión que llevaría a cabo.

Pero hubo otros consejeros que le recordaron el antiguo cuento del labrador que encontró el tesoro enterrado, gracias a su trabajo perseverante. Esos visionarios no vieron que la dinámica es hoy diferente.

Con resolución, encomendó a un agrimensor que realizara una mensura y loteo de la amplia propiedad. En poco tiempo vendió casi todas las parcelas, distribuidas casi simétricamente y fáciles de trabajar. El enriquecimiento fue rápido y seguro. Desde entonces, la familia vive rica y feliz.

Algunos sarcásticos plantearon la moraleja: ¿Estamos seguros que sólo el trabajo trae la riqueza y la felicidad?

El camino difícil

Hay personas que aprenden las cosas de la vida por el camino difícil. Sin avergonzarme, puedo asegurar que yo soy una de ellas. Siempre me consideré un pensante; mi cabeza siempre elaboró ideas, a veces buenas, otras no tanto, pero a causa del caso que contaré, me convertí en pensador.

Cierta día, caminaba con prisa hacia mi casa, pensando que el camino más corto es una recta, cuando vi a un conocido sumamente dicharachero, que caminaba hacia mí. Lo saludé desde lejos con la mano y luego torcí a la derecha alejándome de mi rumbo, para evitar un aburrido monólogo.

Continué caminando, satisfecho por haberme evadido de una pesada audiencia. Mientras analizaba los resultados de mi huída, vi al cobrador de una firma a la que yo debía cierta suma de dinero; no pensé dos veces, y en la próxima esquina cambié nuevamente mi itinerario, tomando la calle hacia la derecha, alejándome del pago y de mi casa. Hice un amplio rodeo volviendo a mi dirección original y a mi seguridad; mas en la penúltima esquina me esperaba una sorpresa: mi cobrador. Avergonzado y sin tener una salida razonable, pagué.

Contento por haber cancelado mi deuda y también por haber evitado una larga charla, caminé presuroso la última cuadra; el charlatán me esperaba en la puerta de mi casa. No sólo caminé cinco cuadras en lugar de dos; pagué una deuda y también me enfrenté con otro inconveniente: no pude evadirme del locuaz personaje; lo invité a pasar y a exponer su monólogo.

Evidentemente, descubrí que el camino más corto no es obligadamente una recta, si ocurren ciertos percances imprevistos, como en el caso que relaté.

He aprendido algunas cosas por el camino difícil, pero no puedo ocultar que gracias a eso, me he convertido en pensador.

El Paraíso Rosado

Era una ciudad tranquila y bella, modelo de las antiguas ciudades españolas del medioevo, y sus costumbres ancestrales. La estimación de la ética era elemento primario en esa sociedad, y la institución familiar prevalecía frente a todo.

La policía local se preocupaba por defender los derechos de los vecinos frente a los delitos contra la moral, y la mano férrea de sus agentes lograba por lo general, éxitos dignos de ponderación.

El comisario de investigaciones De la Rosa estaba a punto de renunciar a su puesto, en razón de que no lograba terminar con un problema que lo preocupaba. Se trataba del club de baile "Edén", también conocido como "El paraíso rosado".

Ese club, ubicado en la zona de los parques de la hermosa ciudad, ocupaba un gran castillo rodeado por una fosa y una muralla de estilo medieval, permanentemente cerrada por altos y pesados portones accionados mecánicamente. Los guardias vigilaban la entrada durante todas las horas del día. El edificio estaba constituido por varios complejos unidos por corredores y pasadizos. Las salas estaban adornadas con objetos de arte del medioevo, y pesadas cortinas y alfombras representaban hechos de esa época que daban realce al conjunto. Se sospechaba que en el ala occidental del castillo utilizaban las numerosas habitaciones para profesar el oficio más antiguo del mundo.

De la Rosa pidió opiniones y sugerencias al cuerpo de detectives. Hubo muchas ideas; una era efectuar una "razzia" sorpresiva que vaticinaba un fracaso con sus tristes consecuencias, es decir, el bochorno que traería su publicidad, además de soportar un posible juicio que dejaría tambaleante a la institución y cesantes a sus dirigentes. Otra era infiltrar agentes como asociados del club; también era riesgoso.

Se sabía que todas las muchachas que trabajaban allí eran hermosas, con gran experiencia en el trato con hombres, especialmente con los ricos y famosos. Frecuentaban el club comerciantes, artistas, deportistas o simplemente vividores con una buena cuenta bancaria. Ana, una de las mujeres detectives se propuso emplearse como copera en las salas de baile

Ana no era precisamente una mujer hermosa, pero su porte interesante causaba admiración; además, tenía el carácter y el alma para hacer feliz a una persona buena y correcta. Su cuerpo alto y delgado, largas piernas, cuello estirado, nariz respingada y mirada insinuante, eran elementos de atracción. También podía competir con su cultura, pero no precisamente eso buscaban los clientes. En esta oportunidad debía demostrar su sensualidad para atraer a los clientes del club, compitiendo con las jóvenes voluptuosas, atrevidas y experimentadas. Creía que podía desempeñarse, pero si alguien decidía ir con ella al ala occidental del castillo allende los pasadizos ¿Qué haría para afrontarlo y resolver su problema en pocos segundos? Entre todas las proposiciones la suya era la más posible de realizar, aunque siempre existía el peligro de ser golpeada, vejada y hasta sufrir una violación. Amplia mayoría la eligió, y al día siguiente la agente se encontró en las mejores boutiques midiendo ropa adecuada para el trabajo.

De la Rosa la llamó a su despacho, le confesó que estaba muy preocupado y le propuso hablar seriamente cuando ella volviera.

No fue fácil ser aceptada. Sus argumentos de que la cultura y la experiencia eran elementos de atracción para ciertos hombres, convencieron a medias al administrador de la casa de bailes. Fue recibida sin ofertas tentadoras; debía resignarse a un pequeño porcentaje sobre lo que recaudara con los hombres y la consumición en el bar.

El primer día lo pasó viendo los bailes en los amplios salones, apoyada en la baranda de la galería abierta que se encontraba en el piso superior, con las chicas que no tenían pareja; al mismo tiempo aprendía a comportarse con los invitados, y observaba todas las actitudes sospechosas. Mientras tanto el comisario De la Rosa iba y venía dentro de su oficina, nervioso por que no se comunicaba con él.

Al otro día, noche del sábado, el club estaba repleto; el humo de cigarrillos y el olor a alcohol apestaban y el ambiente festivo invitaba a bailes alocados y actitudes eróticas. Las muchachas se pegaban a los cuerpos de los hombres excitados, lanzando el humo a sus caras sedientas de caricias. Algunas descubrían partes semidesnudas del cuerpo uniéndose a la larga fila que bailaba una conga, acompañándose con movimientos sensuales, en un improvisado carnaval.

Junto a las paredes del salón de baile había varios sofás donde se recostaban parejas en posiciones pornográficas acariciándose morbosamente. El tránsito hacia el pasadizo y la noche de placer era incesante. Ana comenzó a asustarse, maldiciendo el momento en que se ofreció para esa desagradable misión, pero lamentarse ya no solucionaría nada. Confiaba en sus colegas policías, que teóricamente estaban preparados para la ocupación de las instalaciones en forma sorpresiva, y la detención de los visitantes, mujeres de la vida e integrantes de la banda de traficantes de blancas. El buen resultado de la operación la salvaría de lo que parecía inevitable.

Un hombre maduro, bajo y regordete, luciendo oro en los dedos de ambas manos, en los puños de su camisa y en la gran cadena del reloj, se acercó a ella sonriente y comenzó a acariciarle una mano. Ella sabía que después de las caricias vendría la proposición para ir a las habitaciones. La muchacha lucía un collar con un colgante del que salían unos pequeños cables que formaban un capullo abierto; en ese capullo había un pito dentro de un diminuto micrófono, que se comunicaba a una onda especial de la policía. Lo puso entre sus labios y sopló con fuerza y desesperación. Cerró los ojos y comenzó a rezar.

Los próximos treinta segundos fueron interminables; los policías que recibieron el pitazo, saltaron la muralla con ayuda de las escaleras mecánicas de los bomberos e irrumpieron en todos los cuartos, deteniendo a las personas que se hallaban en ellos. Por fuera, la muralla estaba rodeada por más tropas policiales.

Los diarios de la ciudad tuvieron un buen material para contar enjundiosas historias que fueron el hablar de la gente por mucho tiempo. Comenzó una gran emigración de vecinos, que fueron reemplazados por otros que llegaron para radicarse. El Paraíso Rosado fue cerrado por orden judicial, reformado y reabierto como museo, esta vez con piezas totalmente medievales.

El severo comisario fue promovido. Llamó a Ana, le mostró la notificación del ascenso y seriamente le pidió la renuncia. Luego le pidió algo más: Su mano, para incorporarse a la familia como jefa del hogar.

La sorpresa

Las sorpresas suelen ser agradables, sobre todo cuando se recibe un regalo, un homenaje o llega una persona querida. También las improvisaciones, si están basadas en conocimientos o experiencias, dan buenos resultados.

En el caso que contaré no fue así, por falta de un planeamiento previo; también el desconocimiento del evento por parte de la víctima contribuyó a la catástrofe.

Ese domingo la madre preparaba el almuerzo a realizarse en el amplio salón comedor de la antigua casona familiar. Pidió a dos de sus tres hijos varones que no se retrasaran, y éstos salieron por unos minutos con el propósito de regresar a la hora convenida para el ágape.

Ése era el día en que ayudaban a sus padres en el cuidado de la casa; el mayor de los hijos estaba vestido con las ropas que usó minutos antes limpiando el jardín: un pantalón de "brin" claro, una remera liviana, y calzaba sus viejas sandalias.

Al salir vio una gran mancha de grasa en los pantalones y para limpiarla caminó hacia el lavadero al fondo del patio. Allí jugaban varios niños con una pelota; él los ignoró y se sacó los pantalones y las sandalias. Comenzó la tarea de eliminar la mancha; no fue fácil, y los diez minutos calculados se convirtieron en veinte. Colgó la prenda mojada en el tendedero y vistió otra casi seca del mismo tipo, que se encontraba tendida en la misma sogá. No encontró las sandalias; los niños se habían ido y no hubo quien le informara sobre ellas. Demoró otros diez minutos para hallarlas, escondidas detrás de una puerta.

Ya vestido, caminó con rapidez para participar en el almuerzo familiar, y cuando entró se sorprendió al ver la sala llena de gente comiendo y conversando. Muchas personas eran desconocidas para él, pero por las fisonomías parecidas y los cabellos claros, entendió que eran de una misma familia. Algunos se pararon y lo saludaron. Casi al final de la mesa estaba sentada su hermana menor con el novio, muchacho delicado, hijo de suecos. Esa era la primera visita de sus padres y hermanos. Media docena de rubios con dientes superiores prominentes sonreían a los comensales.

Buscó a su madre y la vio abrazada a una hermana, bailando un vals que cantaban al unísono. Las saludó y de pronto se vio a sí mismo en un espejo colgado sobre la pared. Los cabellos estaba sucios y despeinados, la remera tenía manchas de barro y para completar, cuando miró hacia abajo, vio que vestía el pantalón al revés. Las costuras sobresalían a los costados y adelante. Avergonzado y enojado salió corriendo hacia fuera.

No tenía tiempo para bañarse y vestirse con ropas decentes; además no se animó a presentarse nuevamente frente a los invitados. Permaneció en la casa y comió lo que encontró en la heladera. Aún enojado, esperó a su madre para reprocharle.

Cuando ella entró, la miró con cara seria, pero una carcajada explotó en su boca. La abrazó y la besó, y le pidió que la próxima vez le contara sus planes, aunque eso le costara unas buenas horas ayudándola en el mercado y en la cocina.

Humor negro

Los viejos siempre dicen: si dejas de trabajar o de tener ocupaciones, te mueres pronto. No se si eso se cumple, mas no deseo morirme por no tener nada que hacer. Por las dudas decidí hacer siempre algo aunque no sea tan necesario.

El trabajo no me cansa totalmente y en las tardecitas necesito hacer algo que me entretenga.

Por eso me pongo a leer, escribir cartas o cocinar algo que no haga mucho daño; pero mi señora también padece de lo mismo y me ocupa el lugar en la cocina, el cuidado del jardín y del perro, y gracias que no hay gato en casa.

Era invierno. La lluvia golpeaba sobre las persianas bien cerradas mientras yo dormitaba con un libro descansando en mi regazo y mi esposa perfumaba la casa con el aroma proveniente de una nueva receta que recibió de una amiga que "siempre sabe cocinar mejor que todas".

Me despabilé, aspiré profundamente las especias que despertaban mi apetito y comencé a enredar una trama. Quise sorprenderla; más que eso, llevarla a un estado de confusión.

Rápidamente elaboré el plan y comencé a trabajar. Sin hacer ruido, arrastré todos los muebles; el televisor y el largo aparador pasaron a la pared de enfrente y el gran sofá fue al lugar vacío que ellos dejaron. Tomé mi libro para poder dormitar nuevamente. Esta vez dormí profundamente, de tal forma que mi señora escuchó mis ronquidos y recordó que existo.

Miró hacia el salón; la expresión de su cara no era de este mundo. Se sintió mareada y no sabía a donde dirigirse. Me sentí culpable por haberle producido esa situación tan incómoda. Asimiló el chiste, me perdonó con su habitual cariño y comprensión y permitió que todo quedara en su nuevo lugar.

Mis aburrimientos continuaron. Como ya nos habíamos acostumbrado al nuevo orden de la sala, pretendí devolver los muebles a su antiguo lugar pero esta vez fui descubierto en la mitad de la tarea, cosa que me obligó a trabajar el doble, y sentirme ridículo ante ella.

El día de su cumpleaños fingí que no lo recordaba, para darle luego una sorpresa. En horas de la siesta me levanté sin hacer ruido, me puse a cocinar con velocidad de "chef", tendí la mesa, puse flores y un par de candelabros. Cuando creí que era el momento apropiado salí de la casa con el perro, me dirigí a un teléfono público y la desperté diciéndole que tardaría en llegar y le pedí que preparara algo para comer y también que sacara a pasear al cachorro. Pocos minutos más tarde estuve en casa con el regalo. Realmente la sorprendí con un momento de alegría.

Otra vez, mientras yo dormitaba frente a la computadora, se fue a dormir la diaria siesta. Una hora más tarde fui al dormitorio y vi que dormía profundamente. Mi lugar en la cama estaba perfectamente ordenado. Quise confundirla con algo más serio. Me acosté en silencio y me dormí. Cuando se levantó, se fue al salón y trató de no entrar nuevamente al dormitorio para no despertarme.

Después de una hora, me paré, ordené la cama, en silencio fui hacia la puerta de entrada, di un suave portazo y simulé entrar a la casa. – Hola – dije - ¿alguien preguntó por mí?

- No – contestó – sólo hubo una llamada para mí. Vengo cansadísimo- comenté – tuve que mover todos los muebles en mi oficina debido a una pérdida de agua.

- ¿Qué dices? Te vi dormido hace una hora.

- No puede ser. No puedo estar en dos lugares al mismo tiempo, en esta dimensión por supuesto. Además puedes ver la cama ordenada.

Mi señora estaba confusa creyendo que yo estaba trastornado, hasta que comencé a reír, temiendo ofenderla o provocarle algo traumático.

Hoy le hice otro chiste. Nuestra cama tiene un control electrónico para la altura; la levanté sólo en mi lado y me metí debajo esperando que ella llegara del trabajo. No era mi intención hacerle pasar un mal rato; sólo quise esconderme, pero tuve un percance: me dormí.

Mujer ordenada, al ver la cama levantada, la bajó apretando el pulsador. ¡Qué horror! Hace dos horas que los bomberos y el carpintero tratan de sacarme de entre los destrozos y un enfermero me da oxígeno por medio de un cañito de plástico.

Todos los vecinos dicen que me aprecian y que nunca pensaron que trataría de suicidarme.

Decidieron que desde mañana comenzarán a saludarme. Mi señora llora y promete que otra vez va a mirar debajo de la cama por si acaso, y además dice que me quiere mucho.

Si salgo de esto, y me queda algún hueso útil, lo donaré a la ciencia. Debajo de la cama no me meteré, pero sobre la suspensión de los chistes, no prometo nada. Espero proposiciones, quizás alguna me quite el aburrimiento.

La carrera de bicicletas

En todas las paredes disponibles pegaron afiches en los que se anunciaba una carrera de bicicletas con premios tentadores, a realizarse en un pueblo lejano de la provincia, pero la inscripción estaba abierta para todos los aficionados del país.

Los entrenamientos comenzaron con ritmo violento, porque nadie sabía con qué participantes tendría que competir. No sólo el pedaleo ayudaba sino todo lo que se relaciona con el deporte y el atletismo. Muchos realizaban carreras pedestres para fortificar las piernas y estimular la respiración, escasos deportistas levantaban pesas y otros se dedicaban también a la relajación y meditación.

Los mellizos Tramponi vivían en un lugar muy apartado que no aparecía en los mapas, salvo en algún diario cuando se descubría alguna estafa o hecho delictivo. Los Tramponi eran primero y principal "hombres de negocios" especialistas en envío de obsequios, sobrantes de stock, sin cargo alguno excepto los gastos de empaque, envío y seguro. También vendían de todo siempre a la mitad del precio, con los agregados ya mencionados y la "comisión por servicios profesionales". Estos pequeños ingresos ya habían agregado a sus cuentas bancarias buenas sumas y al grosor de sus colchones un gran volumen en efectivo.

Indiscutiblemente la integridad de estos caballeros no ofrecía una simple duda, sino al contrario, resaltaban sus honorables cualidades. La amplia preparación de estos señores en el orden técnico, estadístico y especialmente moral, vaticinaba para los dos un futuro brillante.

En esas condiciones y con espíritu ultra deportivo comenzaron ambos la preparación. Por supuesto que sólo uno de ellos se inscribiría en la competición, aunque los dos correrían, cada uno según su turno.

Los planes se trasladaron al papel y luego a la computadora, para que no hubiera equivocaciones. Todo fue estudiado de pe a pa y recitado en los exámenes teóricos que cada uno hacía al otro. Con mucho cuidado compraron el equipo: dos bicicletas gemelas con todos los accesorios, dos camisetas, dos pantalones y dos cascos idénticos. Cuando llegó el número de participante hicieron una copia perfecta.

No quisieron arriesgarse para no ser descubiertos; harían solamente dos relevos; uno a la mitad de la carrera, cuando comienza el cansancio y otro unos kilómetros antes de la llegada.

Tenían una camioneta con carrocería cerrada donde el corredor de turno se escondería con su bicicleta y avanzaría hasta los lugares concertados para hacer los relevos.

El día de la carrera todo iba a pedir de boca. Ya no hubo contrincantes cerca de ellos y se dispusieron para el último cambio. También esto salió perfecto. El primer mellizo ya estaba a doscientos metros, en la larga bajada rumbo a la meta cuando se escuchó un terrible grito: - ABRAN CANCHAA...

El mellizo miró hacia atrás y vio a su gemelo que no había logrado subir a la camioneta, y lo pasaba como alma que se lo llevaba el diablo. Inmediatamente fue descalificado.

Nervioso y ofendido, increpó a su hermano:- ¡Animal! Me estropeaste el final.

- Qué querés, si se me rompieron los frenos.

La casa cerrada

El autobús llegó al pueblo con la luz del amanecer; la sala de espera de la estación estaba casi vacía, excepto unas pocas personas que dormitaban sobre los fríos y duros bancos. Sean bajó lentamente cargando su valija y vio a Cecile hecha un ovillo, tratando de calentarse el cuerpo ante el intenso frío. La besó y abrazó fuertemente dándole calor.

Largos meses transcurrieron desde las últimas vacaciones que disfrutaron en Dublín, cuando él cursaba el último año de Criminología y por causa de los trabajos a preparar no pudo viajar a visitarla. Cecile lo acompañó en el transcurso de dos semanas; se sintieron felices y el estar juntos les ayudó a recuperar el ánimo debilitado por la larga separación.

Esta vez, si él decidía quedarse en el pueblo o no, no tenía importancia para Cecile; el casamiento ya estaba planeado para un mes más tarde y no existía nada que pudiera impedirlo. Mientras, Sean buscaba trabajo ya sea en el condado o en la capital. En el lugar de su empleo comenzarían la vida de casados.

Llegaron a la casa de los padres de la muchacha, que los esperaban con café caliente y leche recién ordeñada y hervida, con el acompañamiento de exquisitas masas irlandesas. Abrazaron a Sean con cariño.

Durante la tarde los jóvenes pasearon por las calles, disfrutando el sol primaveral en el frío día; evidentemente la cercanía al mar y la especial ubicación eran factores que influían sobre el clima. Al volver al atardecer, pasaron frente a "la casa cerrada", antigua casona que los dueños dejaron casi abandonada cuando se mudaron a Corck. Las persianas de las grandes ventanas, reforzadas por gruesos listones clavados diagonalmente, habían perdido el color; también la fuerte y alta puerta había sufrido el castigo del tiempo y los vientos.

De pronto, Sean vio una silueta que entraba en la casa; le pareció extraño, conociendo los cuentos que escuchó. Se decía que nadie volvió a entrar a la mansión, e incluso se insinuaban historias sobre aparecidos. Se acercó, tocó la puerta, trató de oír algún sonido, pero sólo hubo silencio. Le preguntó a Celine qué opinaba y ella le contó que los ancianos dueños habían muerto y no tenía conocimiento si la casa fue vendida. También le recordó los cuentos sobre espíritus ubicados en ella. Sean era escéptico con respecto a esos cuentos; sonrió pero no hizo ningún comentario.

Al otro día fueron a observar el lugar con detenimiento pero no vieron nada que los ayudara. Al anochecer esperaron para ver si se repetía lo sucedido el día anterior, y efectivamente así fue; Sean corrió hacia la puerta, golpeó pero nadie contestó.

Como en el día anterior Sean volvió a la casa y descubrió en la entrada marcas de suelas de zapatillas de goma, que aparecían nuevamente al lado de una ventana en la parte posterior, seguían en dirección al mar y desaparecían entre las rocas. Obviamente, alguien salió por esa ventana escapando de Sean y Cecile.

Después del almuerzo comenzaron a analizar los elementos que tenían y llegaron a la conclusión de que se trataba de un robo o de un contrabando de drogas. El tipo de relaciones que el país tenía con el Mercado Europeo con sus beneficios, no justificaba traer productos normales por vía del contrabando.

Cecile presentó a Sean como criminalista ante el comisario encargado de las investigaciones en el condado. El joven profesional ofreció su ayuda para la solución del caso y la captura de los culpables. Se sentó con el funcionario y juntos decidieron la táctica a emplear.

Durante dos días acecharon efectivos de la policía frente a la casa hasta que llegó el sospechoso. Lo alumbraron con potentes reflectores, lo rodearon y apuntaron con armas. Resultó ser el hijo de uno de los vecinos, muchacho de catorce años, que por orden de la autoridad abrió la puerta con la ganzúa que llevaba en las manos.

Al entrar a una de las habitaciones se enfrentaron con la sorpresa: Vieron algunas vasijas con alimentos y otras con agua y sobre una manta se encontraba una gran perra ovejera con ocho cachorros. El comisario asombrado le preguntó:

- Hijo: ¿Por qué los tienes aquí?

- Porque mis padres no me permiten criarlos en el patio

de mi casa, en razón de que no tenemos la comodidad necesaria para ellos. A la intemperie pueden morir. – Contestó.

En la estación de policía el comisario tuvo una decisión inteligente. – Nos repartiremos las responsabilidades; yo tendré en cuenta que no he visto nada, te prestaré una gran casilla de mi propiedad que pondré a tu disposición en el patio de tu casa, y tú desde mañana comenzarás a repartir los cachorros entre personas que prometan cuidarlos bien.

Cecile, Sean y el comisario estaban contentos y satisfechos por haber finalizado con éxito el caso de "la casa cerrada". Los jóvenes ya se despedían cuando entró un agente sumamente agitado. - Permiso, mi comisario – dijo – alguien dejó abierta la puerta y se escaparon todos los cachorros.

El comisario, sin perder la calma, dijo sonriendo:- Mañana comienza el operativo de rescate de los cachorros.

Sean y Cecile salieron abrazados, contentos por haber aclarado con éxito el primer caso en la carrera de Criminología.

La perra feroz

Y conste que esto lo vi; no me lo contaron. Esa mañana estaba la perra Panda tirada junto a la puerta, cuidando que ningún extraño se acercara. Sus grandes fauces garantizaban una guardia perfecta, como lo demostró cuando un perro pasó por la calle cercana; la enorme perra blanca se levantó con elegancia y estiró su largo cuello. Sólo esa pose ahuyentó a su colega.

Transcurrieron contados minutos, y escuché que gruñía pero con pocas ganas; al mirarla vi un gato negro y blanco que con atrevimiento se acercó. Seguramente quería un poco de comida, o solamente un poco de compañía. Se abrió la puerta y salió el amo; con suaves palabras y algunos gestos, pidió que expulsara al intruso.

Panda conocía los efectos de un rasguño en el hocico, producto de cierta quijotada contra otro gato, que dejó pasar sin quejas, para no descubrir su agraviado orgullo. Miró al gato, a su amo, hacia los costados, y sin encontrar otra salida que demostrar su valentía, al mirar nuevamente hacia todos lados, descubrió el estímulo que necesitaba. Irguiéndose nuevamente con elegancia, con decisión guerrera, salió corriendo tras una mariposa.

ADN

- Qué lindo es salir de vacaciones – dijo Omarcito a su padre, mientras le daba a su hermanita Norma un golpe en la cabeza – Podemos hacer todas las diabluras del mundo y nadie nos reprende.

Alberto sonreía ante las ocurrencias de su hijo. Se le parecía en la manera de expresarse; aunque con facilidad se podía percibir la diferencia en sus rasgos. El niño y su hermana menor eran casi una copia fiel de su madre, rubia, alta y delgada; Alberto, alto, relleno, con cabellos oscuros y dos entradas en la frente que delataban un don hereditario, estaba condenado, por así decir, a una pequeña calvicie. El deseo de agradar a su esposa lo llevaba a realizar experimentos ya sea en el peinado o en las ropas que vestía con elegancia.

Sus dos hijos mayores habían pasado la pubertad y preferían quedar en casa bajo el cuidado de la abuela materna y no compartir el veraneo y los juegos infantiles por demás, que divertían a sus hermanitos menores. Además, sabían que en la playa tendrían la obligación de cuidarlos todo el tiempo.

Para pasar esas dos semanas tenían una agenda completa, donde se incluían paseos con amigos y salidas al cine con amigas.

- Normacito – dijo Alberto combinando los nombres de sus hijos – si les damos ciertas libertades en los juegos, no significa que pueden matarse entre ustedes; además, recuerden

que los castigos se cumplen en casa. - Los niños aceptaron la advertencia, aunque en sus entrecejos había disconformidad.

Ana, la madre, había salido a comprar "chucherías" para regalar a sus amigas, y sólo volvería en horas de la tarde.

Este paseo era una renovación de los tiempos en que la familia aún era pequeña, cuando podían pasear y divertirse con libertad. La llegada de los niños los limitó en las salidas y las largas horas de trabajo de Alberto les quitó un poco de la vida en común. Esto produjo algunas escenas de celos, en ocasiones que Ana lo acusaba por supuestas relaciones extra matrimoniales. Ahora, esas escenas estaban guardadas dentro de cada uno y quizás olvidadas.

Un día antes del regreso, Alberto tuvo un leve desvanecimiento mientras caminaban por la costa; no demostró preocupación, aunque prometió visitar al médico cuando llegaran a la ciudad. Para terminar agradablemente las vacaciones, por la noche bailaron en una playa cercana.

Con desgano, Alberto comenzó la serie de exámenes que propuso el médico y en pocos días se encontró dentro de un laberinto con una sola salida, difícil de hallar. La solución consistía en recibir injerto de médula. Sólo algún familiar directo podía ser el posible donante, aunque también existían dudas sobre la completa compatibilidad entre él y el enfermo. Los únicos aptos para ello eran sus hijos, portadores de sus genes. La familia era pequeña; los abuelos habían fallecido y Alberto no tenía hermanos. Realmente, la posibilidad de satisfacer los requisitos para ser donante, era limitada.

Ana quiso evitar que los niños sufrieran el proceso de estudios y extracciones del material para la implantación. Preguntó a los médicos si había otra posibilidad; mientras, el estado de su esposo se agravaba. Por fin, entendió que no existía otra salida, que exponer a los niños.

Para no mortificar a los pequeños, sólo los hijos mayores se presentaron en un instituto especializado para que les tomaran muestras; ahora sólo restaba esperar los resultados. Mientras, comenzó la carrera de los médicos y el enfermo contra el tiempo.

El plazo transcurría y la operación no se realizaba. El estado de Alberto era crítico; la leucemia había hecho su trabajo. Al sentir llegar sus últimos momentos, pidió que vinieran su esposa e hijos y se despidió serenamente de cada uno. Cuando quedó solo, su vida se apagó suavemente.

Varios días después, en el escritorio del jefe de Cirugía, se encontraba su ficha médica. El veterano médico conversando con uno de sus colegas, dijo en un susurro:

- Murió creyendo que teníamos la médula para él. En realidad, los ADN de estos donantes no tenían nada en común con el enfermo. Sin los elementos para el trasplante, estaba sentenciado. Con dolor, terminó diciendo - no tuve el coraje para decírselo.

Buena mesa

La comida es algo objetivo, pero la buena comida es subjetiva y todo depende de muchos factores, en especial, según mi modesta opinión, de la edad.

Teníamos veintitantos años y el comer era el complemento de compañerismo, de amistad. El diccionario de aquella época era diferente al de hoy, en que la palabra "restaurante" está seguida por la palabra "hotel".

Nuestro grupo estaba formado por una decena de muchachas y muchachos; algunos estudiantes, algunos "milicos" en servicio obligatorio, y otros, simplemente "laburantes".

Casi todas las semanas nos reuníamos. Los sábados, antes del anochecer comenzábamos una larga caminata por Corrientes desde Pueyrredón hasta Esmeralda; cada tantas cuabras

se unían a la caravana más amigos; a mitad del camino entrábamos a alguna churrasquería o lechería para comer algo que casi siempre era lo mismo: un bife o milanesa con puré o papas fritas y ensalada. El más hambriento pedía un plato gigante de tallarines con salsa de tomates. Los finos atacaban a un yogurt y los más finos disfrutaban con medio pomelo, con cara de desagrado. Algunos nos sentábamos al lado de las chicas que comían poco, y las ayudábamos a terminar sus platos. Se hablaba más de lo que se comía, y así, salíamos plenos de charla.

Para sellar la noche, entrábamos a algún vocacional o a ver una película. Si era un melodrama, a la salida todos tenían los ojos rojos; los varones por haber dormido y las chicas por haber llorado. Luego cada uno tomaba su colectivo, despidiéndose con gritos y grandes ademanes, hasta la próxima semana.

Si el encuentro era el domingo, el programa era diferente; nos reuníamos en alguna casa, donde la participación de los padres estaba estrictamente prohibida. Desde temprano nos sentábamos alrededor de una gran mesa donde nuestro juego era descifrar enredadas adivinanzas, analizar oraciones o simplemente, solucionar complicadas ecuaciones donde dominaban las desigualdades y las trampas eran permitidas.

La comida era un rito en que se sacrificaba una gran pizza. Tomábamos la porción con ambas manos, en actitud amenazante y dábamos enormes bocados, precedidos por una gran aspiración pecto-abdominal. Si alguien trataba de hablar, las palabras fluían como gruñidos; las repletas fauces no permitían ningún movimiento que no fuera masticar. Sólo un joven alto, vestido como lechuguino comía con plato y cubiertos. Era justificable pues ya estaba graduado.

Los noviazgos eran permitidos, pero por extraña dinámica, en vez de separar a las personas del grupo, traían a él nuevos miembros.

Otro juego exitoso y divertido era utilizar la imaginación para reconocer comidas, gustos y olores; cada uno tenía sus preferencias. También había cosas que producían asco. Así como yo detestaba las moscas, mi primo los pelos, otros la cebolla, el ajo, el dulce de leche, la nata flotando en la leche, una chica alta, delgada y culta, sufría de asco a la gelatina. El juego era sencillo: cada uno, por turno, improvisaba un cuento al que agregaba en forma sorpresiva alguno de esos ascos; el que recibía el impacto hacía caritas y todos se despanzuraban de risa.

Nunca entendí por qué la que mejor expresaba esas aversiones era la que odiaba la gelatina, si a mí me gustaba tanto... pero no había nada que hacer; sobre ese tipo de gustos y disgustos aún no había nada escrito.

El grado máximo de esos juegos ocurrió una tarde en que una mesa servida esperaba a todos. Había un plato para cada uno, con su nombre, tapado con una servilleta. Al descubrirlos, vieron las cosas más odiadas por ellos. Yo tiré a la basura las moscas, mi primo los pelos y luego, juntos, nos comimos la cebolla, el ajo, la nata, el dulce de leche y la gelatina. Los espectadores se morían de risa y asco.

Lindos tiempos en que todo era "buena mesa". Pido perdón si este papel tiene alguna mancha producida por una furtiva lágrima de nostalgia.

Desquite

Francisco era un hombre joven, apuesto, simpático, siempre dispuesto a las fiestas y a hacer chistes. Tenía fama de conquistador y lo contaba con gracia. Muy pocos le creían, por la forma abierta y vehemente en que lo hacía. Tenía otras condiciones que sólo se comprobaron con el tiempo, o decir, en poco tiempo.

Una tarde llegó acompañado por su esposa Graciela, donosa y sociable muchacha, a visitar a Armando y Marina, buenos amigos y compañeros de agradables paseos. El motivo principal de la visita era proponer a Armando un negocio que les traería muy buenas

ganancias. Cincuenta mil pesos de cada uno podían triplicarse en una semana; Francisco quería comprar unas propiedades a precio regalado y venderlas a su valor normal. La tentación era grande y la ocasión no era para desechar. Al día siguiente Armando le dio el importe en efectivo.

Cuando estuvieron solos Marina le regañó por la confianza excesiva que dispensaba a su amigo. Negocios son negocios y dinero es dinero. Armando la tranquilizó; él no desconfiaba y estaba seguro que Francisco haría todo con honradez.

Varias semanas después, su socio pedía disculpas por el fracaso de la operación que los dejó sin los fondos. Prometió reintegrarlo, aunque no sabía cuándo podría hacerlo. Los meses pasaron y el dinero logrado con esfuerzos no volvió.

Al perder la posibilidad de recuperar lo perdido, Armando quiso vengarse. Su intención era conquistar a la hermosa Graciela; con eso castigaría al tramposo y reivindicaría a los maridos engañados.

Comenzó a cortejar a la muchacha y descubrió que ella lo correspondía. Poco tiempo transcurrió y el acercamiento entre ambos lo animó para proponerle que dejara a su marido por él. Francisco sería castigado por su deshonestidad; su traición se convertiría en un cuchillo con doble filo. Concertaron encontrarse el día martes al atardecer y viajar para festejar el primer encuentro de enamorados.

El lunes al mediodía llegó a su casa y no encontró a Marina. Desde entonces, Armando permanece encerrado, con mirada extraviada, esperándola vanamente. En su mano sostiene el papel que encontró sobre la cómoda, donde Marina escribió: "Me voy con Francisco; no me esperes, porque no volveré."

Evidentemente, la traición se convirtió en un cuchillo con doble filo.

El Ídolo

Siendo adolescente me reunía diariamente con mis amigas para conversar. Los temas eran siempre sobre un actor, una actriz, algún deportista o sobre los muchachos de la clase superior. Ellos sólo miraban a las chicas mayores que a su vez se interesaban por los alumnos del último año.

Esa cadena de irrealidades convertía nuestra vida en un tedio interminable. Cada una de nosotras soñaba con un milagro de amor que nos traería en bandeja de plata a nuestro príncipe. Yo tenía el mío por docenas en una amplia pizarra colgada sobre una de las paredes de mi cuarto. Numerosas fotos de él, recortadas de revistas deportivas adornaban mi habitación. Era mi ángel guardián, mi amigo y consejero, mi amuleto en los días de prueba escrita; antes de dormir le dedicaba una oración rogándole al Creador que lo protegiera. No era para menos pues mi ídolo era un joven y famoso corredor de carreras de autos.

El pequeño pueblo no estimulaba para que nos sintiéramos felices. Las calles sin asfalto, polvorientas en verano y llenas de barro en la época de las lluvias nos producían un estado anímico que llegaba hasta el hastío. Con mi amiga Elena contábamos desde la ventana los coches que pasaban, sin lograr completar los dedos de las manos.

Teníamos suerte que todos los años al llegar la primavera se llenaba el pueblo de flores. Mi mamá me cepillaba el largo cabello, me ataba en ellos unas florcitas y así arreglada salía a pasear con mis amigas. Tomadas de la mano caminábamos recitando poesías de amor.

Crecimos sin contar los años y llegamos al último del secundario. Con entusiasmo comenzamos a preparar los decorados para la fiesta de despedida. Los días anteriores fueron lluviosos; todas calzábamos botas y vestíamos ropas abrigadas. Sobre la cabeza

cada una lucía un gorrito colorido y ridículo; el mío tenía una borla que caía y rodaba graciosamente sobre mi frente.

En los próximos días, en una etapa de la competición Turismo de Carretera, los participantes pasarían por la calle principal del pueblo como un rayo, y aunque mi héroe no me vería yo debía reunir a sus admiradoras. Llamé a todas mis amigas para que me ayudaran a estimularlo cuando pasara, como si él fuera de mi pertenencia.

Me ubiqué en el centro de un semicírculo formado por mis compañeras, apretando contra mi pecho un cartel con su nombre, vestida con colores que hacían resaltar mi cuerpo alto y mis cabellos rubios. Todas estábamos emocionadas esperándolo. Los corredores pasaban velozmente sin mirar a los costados y cuando creíamos que todo había terminado, apareció él con el motor del auto haciendo humo viajando a paso de hombre.

Comencé a llorar, abrazando al coche que se detuvo y quedó triste al costado de la calle. Miré hacia adentro y no vi a nadie. Unos segundos después, casi desmayada, sentí que alguien me abrazaba y me ayudaba para no caer. Era él.

Mi ídolo no finalizó la última competencia de su vida; con ella terminó su carrera deportiva. Ayer, con alegría, festejamos el cumpleaños de nuestro segundo hijo.

Las gemelas

Daniel Mansilla levantó el teléfono y pidió una ambulancia; en veinte minutos ésta estuvo junto a la puerta de su casa. Los paramédicos entraron al jardín y se llevaron a las dos muchachitas que estaban abrazadas como si durmieran.

En el hospital el médico que las atendió dijo con pesar que las mellizas habían fallecido y que no observaba ninguna señal de violencia, ni contacto con hombres. Para investigar la causa de las extrañas muertes, iban a ser trasladadas para ser examinadas por el médico forense.

Daniel asistió a un interrogatorio en la policía. En su declaración hizo resaltar la forma en que llegaron a su casa. En un paseo a Misiones con un amigo, se internaron dentro de la selva hasta que llegaron a un claro donde los rayos del sol se mezclaban con la neblina; parecía que habían llegado al paraíso; en cierto momento se encontraron con dos adolescentes vestidas con ropas confeccionadas con grandes hojas. El caminar de ellas era tan liviano que parecía que flotaban por sobre la tierra. Se acercaron y con insistencia pidieron acompañarlos, y ante la negativa, se aferraron fuertemente a ellos. No vieron otra solución que ir a la comisaría del lugar y pedir una investigación. El resultado de ella fue que eran huérfanas, sin domicilio conocido y que se alimentaban con las frutas que encontraban. Traían con ellas una pequeña planta que cuidaban con celo, aspirando el aroma que emanaba de ella.

Daniel hizo los trámites necesarios y en pocos meses fue el padre adoptivo de las jovencitas. Las llevó a su espaciosa casa en las afueras de la ciudad y contrató una institutriz para que recibieran instrucción. Las niñas adelantaban, mas no lo suficiente como para tener relaciones fuera de la casa; hablaban entre ellas su singular lengua y las relaciones con los demás era por señas. Estaban siempre juntas, caminaban en el jardín y a veces cantaban raras y dulces melodías. El contacto espiritual con la tierra en que nacieron se conservaba.

La plantita que les daba su aroma estaba muy apretada en su macetita y una de las niñas la pasó a otra más grande. Al parecer la reacción no fue positiva porque empezó a secarse. Cuando Daniel encontró a las niñas tiradas en el jardín; sujetaban la maceta con la planta seca, aparentemente portadora de la esencia de vida.

No hubo sepelio pues los cuerpos quedaron en el departamento forense. Daniel quiso recibirlos para darles sepultura, mas se le informó que quedarían a disposición de la ciencia. Después de un triste trámite legal recibió el informe: los órganos eran diferentes a los de los humanos y que el ADN pertenecía al reino vegetal.

Hasta hoy, después de muchos años, Daniel acaricia cada planta, quizás las niñas vuelvan reencarnadas en forma de flor.

El partido de fútbol

El partido ya estaba en lo mejor. El desafío se había convenido una semana antes. Como estaba establecido en los antiguos reglamentos, jugarían once jugadores en cada equipo, sin opción a cambios, aunque fuera por lesiones. El juez sería el único árbitro y sus decisiones inapelables. La asistencia de público estaba permitida en cantidad limitada y cualquier incidente podría contribuir a la anulación del encuentro.

Corrían los tempranos años cuarenta y todos mostraban la tensión que provocaba la guerra mundial. Los conocedores sabían que los ánimos estaban bastante alterados.

Como dije, estaba en lo mejor: los jugadores pateaban, el árbitro pitaba y el público puteaba. En ese mismo orden continuó el partido; la pelota iba y venía y los jugadores jugaban reciamente para defenderse y no recibir un gol, y también para atacar y abrir por sorpresa el marcador. Se sabía que el primero que marcara un gol tenía más posibilidades de ganar.

El flaco García era el más hábil de todos los delanteros y sumamente astuto como para infiltrarse como una aparición y dejar al arquero "pagando". Por algo se llamaba García. Todos sus ascendientes fueron jugadores y muchísimas veces dejaron sus firmas en el arco del rival. Y fue así; como si fuera un demonio, se coló entre dos defensores y metió la pelota en un ángulo.

Los compañeros lo abrazaron, lo besaron y tomaron la pelota para llevarla al centro de la cancha, pero los contrarios comenzaron a gritar ¡ORSAI! ¿Cómo puede ser "orsai" cuando no hubo ningún pase? Contestó el flaco, y como réplica recibió una derecha directa en la nariz.

El árbitro comenzó a pitar y pretendió expulsar a un jugador, cuando él mismo, la máxima autoridad del juego recibió un gancho de derecha que lo sentó. Y desde la caída del juez se perdió el control; cada uno tomó su rival y comenzó la batalla campal.

Cuando se creía que las cosas no se arreglaban llegó el enviado del cielo que se necesitaba. La maestra los separó, los tranquilizó y los llevó lentamente a la clase.